

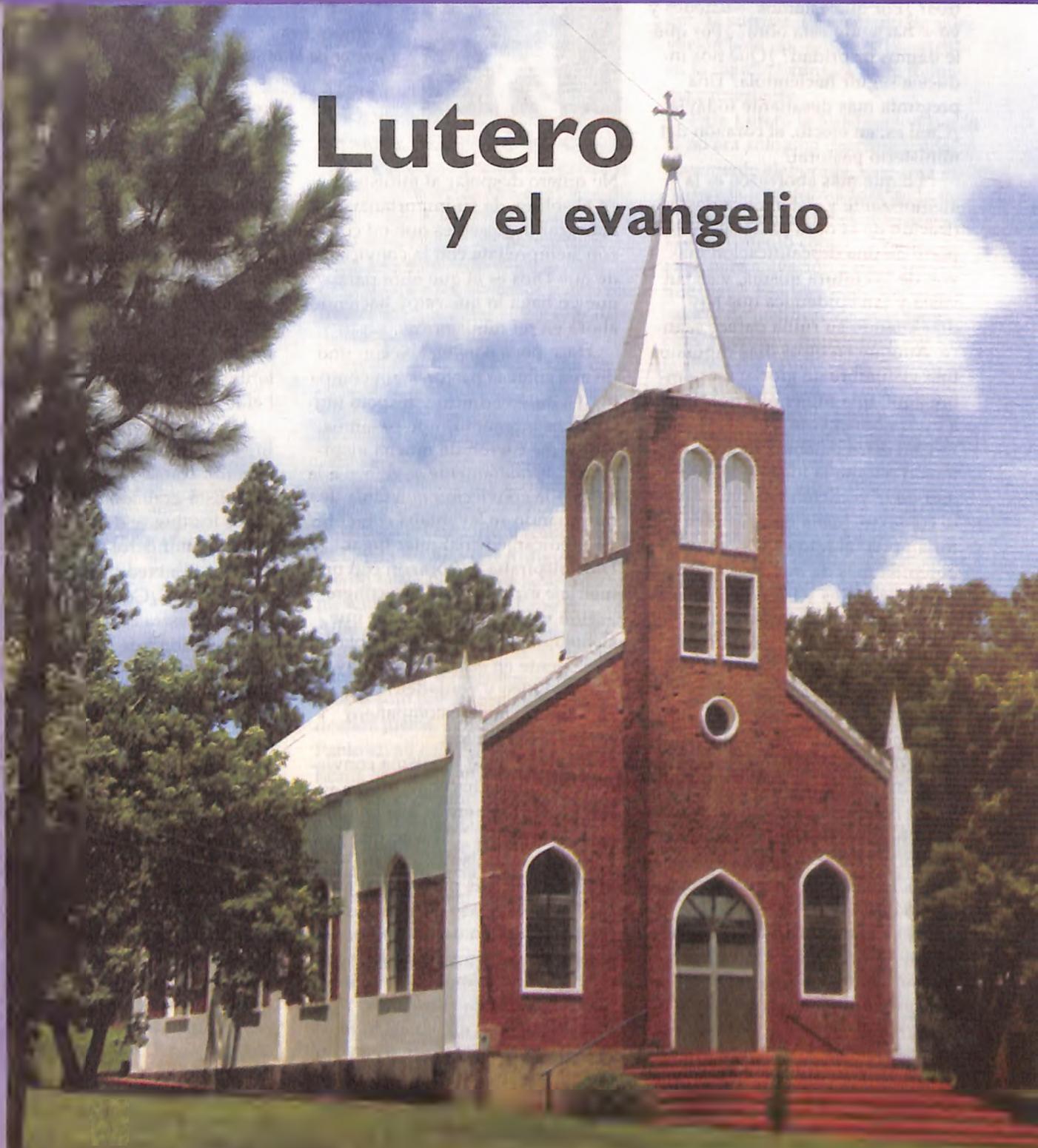
Ministerio **ADVENTISTA**

◆ Pequeñas
víctimas

◆ Divorcio y nuevo
casamiento

Lutero y el evangelio

Noviembre - Diciembre 2001



2001/11

¿Vocación o carrera? ¿Profeta o profesional? ¿Sacerdote o gurú? ¿Convicción o complacencia? Después de todo, ¿por qué somos ministros? ¿Por qué estamos —ustedes y yo— haciendo esta obra? ¿Por qué le damos prioridad? ¿Qué nos induce a seguir haciéndola? Una pregunta más desafiante todavía: ¿Cuál es, en efecto, el corazón del ministerio pastoral?

“Lo que más aborrezco es la atemorizante y sistemática descalificación de la obra pastoral. Forma parte de una descalificación mayor, de la cultura misma, y es tan vasta y tan epidémica que hay días cuando su ruina parece segura. Aunque en otros días captemos una vislumbre de gloria: un hombre aquí, una mujer allá decididos a vivir noblemente”.

Con estas palabras Eugene Peterson retoma la idea de la santidad de la vocación pastoral. En este contexto, habla de “pastores que forjan una identidad vocacional obtenida más de modelos que de los principados y las potestades” que los rodean. Tales modelos —sigue diciendo— “eran fuertes en poder (logrando que las cosas sucedieran) y con una imagen (aparentemente importante). Pero ninguno de ellos era, por lo visto, congruente con el llamado que yo sentí dentro de mí”.

En resumen, la vocación se basa en el hecho de que el mismo llamado, más que el ministro en sí, es santo, algo que se origina en el corazón de Dios. Todavía poco a poco, al avanzar al ritmo del conocimiento y de la visión inmediata, el pastor fácilmente se somete al desarrollo de un ministerio relacionado con minucias y trivialidades, el mero ejercicio de una profesión, sencillamente el desempeño de un empleo, sólo una actividad más.



Willmore Eva
Director de la revista Ministry.

La santidad de nuestra vocación

No quiero despojar al ministerio, en absoluto, de su importancia. Mi más grande deseo es que mi corazón siempre lata con la convicción de que Dios es el que obra para que yo haga lo que estoy haciendo ahora en mi ministerio.

Hace poco conversaba con uno de mis colegas pastores, un compañero a quien admiro y respeto mucho. Los momentos que pasamos juntos me fueron de mucha inspiración. Sencillamente se refirió a la profunda convicción que tenía de que cuando se levantaba con el fin de predicar, en cualquier lugar, Dios inspiraba su corazón con un mensaje especial para esa congregación y ese momento. Dice que siente que Dios le manda hablarle a esa gente en ese instante. Hay algo magnífico y verdadero en la convicción que ese compañero compartió conmigo.

Ezequiel tenía la misma convicción. No podía hacer su propia voluntad. Su obra era la que le marcaba el Espíritu. “Y luego que me habló, entró el Espíritu en mí, y me afirmó sobre mis pies, y oí al que me hablaba. Acaso ellos escuchen (la congregación de Ezequiel); pero si no escucharen, porque son una casa rebelde, siempre conocerán que hubo profeta entre ellos. Y tú, hijo de hombre, no temas, ni tengas miedo de sus palabras, aunque te hallas entre zarzas y espinos, y moras con escorpiones; no tengas

miedo de sus palabras, ni temas delante de ellos, porque son casa rebelde... He aquí yo he hecho tu rostro fuerte contra los rostros de ellos, y tu frente fuerte contra sus frentes. Como diamante, más fuerte que pedernal he hecho tu frente; no los temas, ni tengas miedo delante de ellos, porque son casa rebelde” (Eze. 2:2-3:9).

Hay algo que indica nuestra calificación para seguir actuando de acuerdo con la vocación que recibimos. Está grabado en la frente de todos los que se dan a sí mismos el título de ministros. Y tiene que ver con nuestra credibilidad. La gran pregunta es: ¿Cuán profunda y real es nuestra convicción acerca de la santidad de nuestro llamado? No somos actores, no somos profesionales dedicados a la atención de negocios terrenales. Nuestra tarea tiene dimensiones eternas, celestiales, profundamente espirituales.

No importa dónde actuemos ni lo que hagamos, necesitamos pensar y actuar de acuerdo con la nobleza de esta vocación. Dejemos que Dios nos guíe en medio del océano de esta vida, para que le indique con sabiduría el curso a nuestra embarcación ministerial. Él sabe cómo sortear los obstáculos, las corrientes y las ondas que amenazan nuestra integridad vocacional. 



Zinaldo A. Santos.

Contenido

- 2 **La santidad de nuestra vocación**
Willmore Eva
- 3 **Sola gratia**
Zinaldo A. Santos
- 4 **Nuestra dependencia de Cristo**
Zinaldo A. Santos
- 7 **Cuando llega la hora de la mudanza**
Raquel de Arrais
- 9 **El pastor y los jóvenes**
Roberto A. Gigliotti
- 11 **Pequeñas víctimas**
Antonio Estrada M.
- 13 **Los principios, ayer y hoy**
Juan Millanao O.
- 18 **El tiempo de la "migración"**
Manoel Xavier de Lima
- 20 **Lutero y el evangelio**
Hans K. LaRondelle
- 24 **Divorcio y nuevo casamiento**
Keith Augustus Burton
- 28 **El misterio de la encarnación**
José Orlando Silva
- 30 **Conserve lo que cosechó**
Marco Antonio Huaco Benancio
- 32 **La salvación y la predicación**
Alejandro Bullón

Director:

Werner Mayr

Responsable de la edición brasileña:

Zinaldo A. Santos

Traductor:

Gastón Clouzet

Consejeros:

Alejandro Bullón, Jonás E. Arrais

Colaboradores especiales:

James Cress, Willmore Eva, Julia Norcott

Unión Austral: **Roberto Pinto**; Unión Boliviana:

Moisés Rivero; Unión Chilena: **José Carlos**

Sánchez; Unión Peruana: **Samuel Sandoval**; Unión

Ecautoriana: **Fidel Guevara**; Unión Central Brasileña:

Máριο Valente; Unión Este Brasileña: **José Silvio**

Ferreira; Unión Norte Brasileña: **Montano de**

Barros Neto; Unión Noreste Brasileña: **Jair García**

Góis; Unión Sur Brasileña: **Arlindo Guedes**

Diagramadora:

Ivonne Leichner

Año 49 - Nº 292 / NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2001

FOTO DE TAPA: O. RAMOS

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 156417	CORREO ARGENTINO Suc. Florida (B) y Central (B)
PRINTED IN ARGENTINA	FRANQUEO A PAGAR Cuenta Nº 10272

La gracia es la revelación de la obra redentora de Dios por medio de Jesucristo en favor de la humanidad caída. En las palabras de Aiden W. Tozer, "es el beneplácito de Dios que lo inclina a otorgar beneficios a los que no merecen nada. Es un principio que tiene existencia propia, atributo de la naturaleza divina, y que surge de sí mismo al compadecerse de los perdidos, al perdonar a los culpables, al darle la bienvenida a los réprobos y al favorecer a los que antes se encontraban justamente reprobados".

La gracia surge del corazón de Dios, de la profundidad incomprendible de su ser. Es una característica del Señor que él no puede esconder, así como el Sol no puede ocultar su fulgor. El canal por medio del cual la gracia fluye hacia los hombres es Jesucristo crucificado y resucitado.

Desde los días del Antiguo Testamento hasta hoy, nadie se salvó a no ser por la gracia de Dios. A Adán, Eva, Abel, Enoc, Noé, Abraham, Moisés, Josué, Rahab, Pedro, Pablo, Juan y a nosotros, Dios nos acepta sólo por su gracia. Así se nos declara justos. Los argumentos de Pablo en su carta a los creyentes de Roma lo dejan bien en claro; e iluminaron el camino de la vida espiritual de Martín Lutero. Al descubrir la realidad de la gracia divina y el significado de la justicia de Cristo con respecto al ser humano, pudo

disfrutar de la vida religiosa en lugar de sufrirla. El concepto de salvación sólo por gracia se convirtió en la marca distintiva de la Reforma protestante.

Para Lutero la justificación por la fe no era sólo una doctrina cuidadosamente elaborada, sino una experiencia transformadora de la vida. Lutero entendió el evangelio, y lo experimentó como "el poder de Dios para salvación a todo aquél que cree". Esa trascendental experiencia de justificación, regeneración, libertad y transformación fue la causa del cambio que se manifestó en su existencia.

Por esa razón, la profunda divergencia que se suscitó entre los reformadores y la Iglesia Católica no se limitó sólo a la intransigencia de los dirigentes de esa iglesia. El problema era que Lutero y los demás reformadores no podían seguir sometidos a las doctrinas que los alejaban de los principios básicos sobre los cuales se había construido un tan bendito sentido de justificación personal, inocencia y paz con Dios.

Sin la gracia no somos nada ni tenemos nada. Depender de ella es estar seguros contra el orgullo, el egoísmo y la altivez, tan perjudiciales para la obra pastoral. Por eso Pablo afirmó: "Por la gracia de Dios soy lo que soy" (1 Cor. 15:10).

Celebremos la gracia. Ella nos basta. 

MINISTERIO ADVENTISTA es una publicación de la Asociación Ministerial de la División Sudamericana de la IASD; editada bimestralmente por su propietaria, la Asociación Casa Editora Sudamericana, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa mediante el sistema *offset* en los talleres gráficos de la ACES, Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

Correo electrónico:

aces@aces.com.ar

Si desea comunicarse con el **Ministerio**, escriba a la siguiente página:

www.dsa.org.br/elministerio

—21111—

Nuestra dependencia de Cristo



Zinaldo A.
Santos

Editor asociado de la Revista Adventista, edición brasileña, y director de Ministerio, edición brasileña.



Ted N. C. Wilson

Vicepresidente de la Asociación General.

En este número de *Ministerio* publicamos la primera parte de la entrevista que le hizo el pastor Zinaldo Santos, director de esta revista, al pastor Ted N. C. Wilson, uno de los vicepresidentes de la Asociación General.

Ministerio: *Por favor, preséntenos una corta biografía de usted, mencionando las responsabilidades que ha ocupado en la iglesia en diferentes lugares.*

Ted Wilson: En cuanto a mi educación, le puedo decir que tengo un magíster (licenciatura) en Religión y Administración de Empresas del Colegio de la Unión de Columbia, de

Takoma Park, Maryland. Este título lo obtuve en 1971. Tengo también una licenciatura en Teología otorgada en 1973 por la Universidad Andrews, de Berrien Springs, Michigan. Tengo una licenciatura en Educación para la Salud otorgada por la Universidad de Loma Linda, California, en 1974. Tengo, además, un doctorado en Educación Religiosa por la Universidad de Nueva York, obtenido en 1981.

Con respecto a mis credenciales, son las siguientes: pastor de la Iglesia Adventista, ordenado en Windale, Nueva York, en 1978. Especialista en Educación para la Salud, credencial otorgada por la Comisión de Educación para la Salud, Nueva York, 1989.

Acerca de mi servicio para la iglesia le puedo decir lo siguiente: pastor en la Asociación del Gran Nueva York desde 1974 hasta 1976. Asistente del director de Ministerios Metropolitanos, Nueva York, desde 1976 hasta 1978. Director de esos ministerios desde 1978 hasta 1981. Secretario de la Asociación Ministerial y director de Mayordomía en la División del África y el Océano Índico, Abidján, Costa de Marfil, desde 1981 hasta 1985. Director de Salud y Temperancia en esa División desde 1981 hasta 1984. Secretario asistente en esa misma División desde 1984 hasta 1985. Secretario desde 1985 hasta 1990. Secretario asistente de la Asociación General desde 1990 hasta 1992. Presidente de la División Eu-

roasiática, con sede en Moscú, Rusia, desde 1992 hasta 1996. Presidente de Casa Editora Review and Herald, en Hagerstown, Maryland, desde 1996 hasta el año 2000. Vicepresidente general de la Asociación General, con sede en Silver Spring, Maryland, desde el año 2000 hasta el presente.

Los idiomas que hablo, además del inglés, son el francés y algo de ruso.

Estoy afiliado a la Asociación Norteamericana de Salud Pública, a una organización educativa que se denomina Phi Delta Kapa y a la Asociación de Educación Religiosa.

Algunos hechos de interés son: crecí en Egipto, serví como pastor urbano en Nueva York y serví fuera de los Estados Unidos en África y Rusia.

Me intereso especialmente en la evangelización, en el ministerio urbano, en el alpinismo y en la carpintería.

Algunos datos personales: Nací en Takoma Park, Maryland, el 10 de mayo de 1950. Me casé con Louise Vollmer, en Asheville, Carolina del Norte, el 14 de septiembre de 1975. Mis hijas son: Emilie Louise, Elizabeth Esther y Catherine Anne, nacidas respectivamente en 1978, 1980 y 1983.

Mis padres son Neal C. Wilson y Elinor E. Wilson.

Ministerio: *Los departamentos de la Asociación General han celebrado últimamente reuniones de*

consejo. ¿Cuáles son los motivos y la principal razón de estos encuentros?

Ted Wilson: Los departamentos de la iglesia son una de las mejores bendiciones que Dios nos ha dado. Son recursos formidables para la evangelización y el alimento espiritual. El propósito de estas reuniones consistió en dar oportunidad a los líderes de las divisiones con el fin de que se reunieran, se relacionaran entre sí, deliberaran y trazaran planes para el quinquenio. El enfoque en cada caso dependió del departamento y de las necesidades de cada campo. Hubo una definida actitud de unidad y de ánimo espiritual en estas reuniones. Pudimos sentir la presencia de Dios y su bendición. Sólo con el poder del Señor se podrán poner en práctica, con éxito, las recomendaciones y las ideas consideradas en estas reuniones.

Ministerio: ¿Cuáles son las expectativas de los dirigentes de la Asociación General acerca de los resultados prácticos de estas reuniones?

Ted Wilson: La Asociación General desea proporcionar los recursos necesarios para que la iglesia pueda cumplir su misión en el mundo. El Señor nos ha proporcionado muchos recursos que necesitamos compartir. No son sólo recursos financieros; estamos hablando acerca de las numerosas ideas y los programas de éxito de las diversas organizaciones de la iglesia referentes a la evangelización pública, y a la atención y el cuidado espiritual de los miembros de la iglesia. Es necesario compartirlas generosamente con el campo mundial. Estas reuniones proporcionan la clase de ambiente para que se pueda producir el surgimiento de las ideas inspiradas por el Espíritu Santo, su intercambio y su explicación. Esperamos que como consecuencia de es-

tas reuniones se desarrollen muchos otros planes y programas con la mira de satisfacer las necesidades espirituales de la gente. Cada División, Unión y campo, sin duda tendrá que adaptar estos planes y programas a las necesidades locales. Pero el mensaje es claro: exaltar a Jesús e invitar a la gente a acudir a él y a prepararse para su segunda venida. ¡Qué privilegio es formar parte del movimiento adventista de los últimos días, con su triple y especial mensaje angélico de Apocalipsis 14:6 al 12!

Ministerio: ¿Cómo evalúa usted personalmente la importancia de estas reuniones?

Ted Wilson: Se la puede percibir en la unidad, en los objetivos misioneros y en los resultados que producirán estos encuentros. Es importante que trabajemos juntos como iglesia mundial bajo la conducción del Espíritu Santo. Lo que más le gustaría al diablo es que hubiera facciones y diferencias, pero al estudiar y orar juntos podremos crecer en el Señor y alcanzar las metas de la iglesia, que es su testigo de los últimos días ante el mundo. Estas reuniones les proporcionan una oportunidad a los dirigentes de compartir ideas y sueños para ubicarlos en el contexto adecuado, con el fin de exaltar a Jesús en todo lo que hacemos y llamar la atención de la gente a su segunda venida.

Ministerio: Usted asistió a las reuniones de los secretarios de la Asociación Ministerial. ¿Cómo concibe el papel de este secretario en la iglesia?

Ted Wilson: El papel del secretario de la Asociación Ministerial es muy importante. Es multifacético, y cada una de esas facetas contribuye a que el equipo de pastores se mantenga concentrado en los objetivos y las metas adecuados. Uno de los aspectos más importantes consiste en

mantener a los pastores, evangelistas y líderes locales con la atención fija en nuestra verdadera misión, que es evangelizar, es decir, compartir con los demás a Cristo y nuestro especial mensaje adventista. La formulación de ideas relativas a la evangelización, y la motivación al respecto, son tareas importantes del secretario de la Asociación Ministerial. También él es el "pastor" de los pastores al ayudarlos a satisfacer sus necesidades espirituales y personales, y al animarlos para que lo logren. Este secretario también debe proveer muchos elementos destinados a promover el desarrollo espiritual, teológico, administrativo y pastoral de los ministros. También debe estar calificado para ayudar a las esposas y las familias de los pastores, con el fin de que comprendan el papel que deben desempeñar al servir de modelos de vida cristiana gracias al poder del Espíritu Santo. Tiene muchas funciones que cumplir, pero la más importante consiste en lograr que los pastores se mantengan con la vista fija en Jesús para lograr así un nivel espiritual más elevado como consecuencia de su dependencia de Cristo. En este contexto, el secretario debe animar constantemente a nuestros pastores para que se cumpla la misión especial que tenemos como Iglesia Adventista. No somos una iglesia más, sino un movimiento singular al que Cristo ha dado una tarea especial, a saber, la proclamación de los mensajes de Apocalipsis 14:6 al 12. No debemos perder nuestra visión ni nuestra misión. Este secretario puede ayudar a los pastores a mantener la vista fija en nuestra misión gracias al poder del Espíritu Santo.

Ministerio: Algunos perciben cierta tensión entre la tarea del secretario de la Asociación Ministerial y la de los administradores. ¿La

percibe usted? Si su respuesta es "sí", ¿cómo cree que se la podría eliminar?

Ted Wilson: Esa tensión no debería existir. En efecto, ambos grupos de obreros deberían trabajar íntimamente unidos. Analicemos el significado de la palabra "secretario". Este obrero es el "secretario" de la Asociación Ministerial. Pero el "presidente" o "líder" de esta asociación es el presidente de la organización de que se trate. Éste es el caso de los departamentos también. Aunque ahora les damos el título de "directores" a los encargados de los departamentos, hasta hace poco los llamábamos "secretarios". El presidente de la Misión, Asociación, Unión, División y Asociación General es en realidad la "cabeza" de cada departamento, en el sentido de que debería estar vitalmente interesado en la tarea de esas entidades y en su promoción. En el caso de la Asociación Ministerial, el presidente debe estar activamente interesado en el bienestar espiritual de los pastores y, por lo tanto, debería trabajar en estrecha relación con el secretario, animándolo a trazar planes acerca de la evangelización, el desarrollo educacional de los pastores, su fortaleza espiritual y la de su familia, la preparación de materiales para los pastores y otros aspectos de la función ministerial.

Ministerio: ¿Está de acuerdo usted en que un administrador no debería estar al mismo tiempo encargado de la Asociación Ministerial?

Ted Wilson: Depende del presupuesto. Si hay suficientes fondos, debería seleccionarse a alguien que se dedique de lleno a la importante tarea de la Asociación Ministerial. Si la organización es pequeña, entonces uno de los administradores o alguna otra persona debería desempeñarse como secretario ministerial. La principal característica de este secretario debería ser su profunda espiritualidad, su íntima comunión con Cristo,

y su capacidad para atender y alimentar a los pastores en la importante misión que deben llevar a cabo para el Señor.

Ministerio: Por lo general el secretario ministerial suele ser también el evangelista. Pero algunos pastores extrañan su presencia cuando éste se encuentra dedicado a tareas de evangelización. ¿Cree usted que el secretario ministerial debería ser sólo eso?

Ted Wilson: De nuevo, esto depende de los fondos que disponga la organización de que se trate. Personalmente no veo que haya dificultad alguna en que el secretario ministerial sea a la vez el evangelista. Si es capaz de administrar bien su tiempo debería funcionar bien.

Ministerio: ¿Qué piensa usted acerca de la participación de mujeres en la tarea ministerial?

Ted Wilson: Hay suficiente trabajo para todos en el cumplimiento de la misión de la iglesia. No se necesita estar ordenado para ser una gran bendición espiritual, incluso en el campo de la evangelización. Las damas pueden trabajar en íntima comunión con los pastores de las iglesias locales como instructoras bíblicas, colaboradoras en la obra pastoral, consejeras y ayudantes de capellanía en las instituciones. Por supuesto, bajo la orientación y el entrenamiento del pastor, mujeres, hombres y jóvenes de entre los laicos deberían dedicarse a conquistar personas para Cristo y ayudar a alimentar espiritualmente a la iglesia local. Las esposas de los pastores deberían trabajar estrechamente unidas a sus esposos en la obra de la iglesia. En efecto, el espíritu de profecía anima a las asociaciones a pagar un salario a las esposas de los pastores que hacen obra pastoral y evangélica junto a ellos. El Señor necesita de todos: hombres, mujeres, jóvenes y niños con fin de que trabajen en la conquista de corazones para el Señor durante los últimos días de la historia de la Tierra. Dios

tiene un lugar para cada uno en su gran obra mientras nos acercamos a la inminente venida de Jesús.

Ministerio: ¿Cómo ve usted al pastor adventista frente a los desafíos del mundo actual? ¿De qué manera se debería preparar para hacerles frente?

Ted Wilson: Como nunca antes debemos confiar en el Señor y en su Palabra. Debemos tener una mejor comprensión de la relación que existe entre la Biblia y el espíritu de profecía, y estudiar ambos. Necesitamos entender la importancia de la oración personal aparte de la oración pública, y seguir el ejemplo de Cristo para conseguir fortaleza celestial por medio de la oración y la dependencia de nuestro Padre celestial. Debemos comprender mejor que la Iglesia Adventista es el movimiento especial de Dios para darle al mundo su mensaje especial. Necesitamos exaltar más a Cristo en nuestras relaciones personales y desde el púlpito. Debemos mostrárselo al mundo y llamar la atención a su segunda venida. El diablo hará todo lo posible para apartar al pueblo de Dios de esta obra. En esta época llena de tecnología necesitamos simplificar nuestras vidas y comprender que pasar momentos de calma con el Señor es más importante aún. Las dificultades que nos esperan serán increíblemente difíciles. Sólo si dependemos totalmente de Cristo y de su Palabra podremos soportar la prueba. Cristo y su Palabra, la Biblia, deben ser más reales para nosotros al llegar al fin del tiempo. Una actitud cuidadosa y respetuosa con respecto al espíritu de profecía será una gran bendición para todo creyente y pastor que espere aprender más acerca de Cristo y de lo que él quiere que hagamos en estos últimos días. ¡Que precioso don del cielo es el espíritu de profecía, que nos señala a Cristo y su Palabra! (Continuará). 

Cuando llega la hora de la mudanza



Raquel de
Arrais

Coordinadora
asociada de
AFAM en la Di-
visión Sudame-
ricana.

Las razones por las cuales se producen son muchas y complejas. Hay asuntos como la reorganización del grupo de obreros, su desarrollo profesional, la planificación del campo y posiblemente una mentalidad según la cual al pastor hay que mandarlo a otro lugar periódicamente. El desafío consiste en administrar este aspecto de nuestra vida sin que se convierta en un problema familiar.

“Las mudanzas abren puertas para nuevos caminos, que pueden ser más luminosos y mejores. Las mudanzas nos llevan a situaciones en las que podemos descubrir quiénes somos y qué podemos ser. No siempre son fáciles, Pero nos impulsan hacia adelante.

¡Son un desafío!
Y pueden ser la oportunidad de encontrar lo que siempre quisimos”.

Escritas en una hermosa tarjeta, esas palabras me transportaron cuando vi las cajas de mi mudanza que iban, otra vez, hacia otro lugar. Hay que encarar el hecho de que las mudanzas en la vida ministerial siempre son positivas, aunque no siempre sean fáciles. Aun cuando la frecuencia de las mudanzas varíe de una región a otra, las estadísticas demuestran que el 20 % de los pastores, en promedio, tiene una mudanza por año.

Las razones por las cuales se producen son muchas y complejas. Hay asuntos como la reorganización del grupo de obreros, su desarrollo profesional, la planificación del campo y posiblemente una mentalidad según la cual al pastor hay que mandarlo a otro lugar periódicamente. El desafío consiste en administrar este aspecto de nuestra vida sin que se convierta en un problema familiar.

Para eso hay dos factores que se deben tomar en cuenta:

1. Los hijos

Cuando mi esposo y yo nos preparábamos para trasladarnos a Brasilia, una de nuestras primeras preocupaciones fue el porvenir de nuestros hijos. Nos preguntábamos si les perjudicaría nuestra decisión de aceptar el llamado. Para mí la respuesta fue “No”.

Aunque los chicos tenían amistades y eran queridos por los miembros de la iglesia a la que servíamos, el hecho de haber desarrollado en el seno de la familia un espíritu de equipo ministerial facilitó bastante las cosas, lo que por cierto ya había ocurrido en todas nuestras mudanzas anteriores.

Mostrar a los hijos el lado bueno y positivo, los beneficios de estar en un nuevo lugar, forma parte de nuestra estrategia paterna. Desarrollaron más capacidad de adaptación, se sintieron parte de la tarea ministerial y felices por las amistades que habían hecho en los diferentes lugares donde estuvimos.

2. La esposa

La iniciación de un nuevo trabajo generalmente es más fácil para el pastor; pero no siempre es así para la esposa. Con frecuencia sucede que la nueva iglesia tiene una larga lista de problemas que requieren solución inmediata. Como consecuencia de eso, el pastor muy

Las mudanzas nos ayudan a crecer y abren las puertas a nuevos desafíos. Pero, por encima de todo, desarrollan la fe que proporciona la estabilidad necesaria para un nuevo comienzo, con la seguridad de que Dios siempre estará con nosotros.

pronto está enfrascado en el trabajo. Por lo menos durante seis meses tendrá que llevar a cabo tareas de planificación, participar en reuniones de comisiones y otras, con la mira puesta en la atención de las demandas del nuevo trabajo.

Casi siempre, tan pronto como el pastor llega, ya participa de concilios y otros encuentros durante los cuales se relaciona fácilmente con sus nuevos colegas. A su vez, con los chicos en la escuela y el esposo ocupado, con frecuencia la esposa enfrenta más dificultades durante la transición. Para las que tienen una carrera, el hecho de no encontrar trabajo genera una frustrante sensación de soledad y aislamiento. ¿Qué hacer? Es absolutamente necesario que haya un espacio, al comienzo de ese nuevo trabajo, para poder entablar nuevas amistades y desarrollar nuevos intereses.

En una de las iglesias que atendió mi esposo, tan pronto como llegamos encontré una amiga que me animó a formar parte de una orquesta. Eso fue fundamental para entablar amistades e insertar a los chicos en la comunidad. Por lo tanto, no importa qué objetivo se quiera alcanzar, el hecho de estar abierta a la posibilidad de iniciar



ACES / PHOTODISC

nuevas relaciones puede ser el vehículo por medio del cual se producirá la interacción, con lo que se facilitará la integración de la esposa del pastor en la nueva iglesia.

La experiencia demuestra que las esposas de pastores que tienen un concepto positivo de sí mismas —un matrimonio y una vida familiar satisfactorios— no son las que se pasan años y años en el mismo lugar. Al contrario, las que más se mudan tienen más satisfacciones. Para ellas las mudanzas significan nuevas oportunidades de crecer. Los primeros seis meses siempre son los más difíciles; pero habrá

oportunidad para hacer los ajustes necesarios a la nueva rutina. Tenga paciencia y déle tiempo a esos ajustes.

Las mudanzas nos ayudan a crecer y abren las puertas a nuevos desafíos. Pero, por encima de todo, desarrollan la fe que proporciona la estabilidad necesaria para un nuevo comienzo, con la seguridad de que Dios siempre estará con nosotros.

“Jehová guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre” (Sal. 121:8). 

El pastor y los jóvenes



Roberto A.
Gigliotti

Director de Jóvenes Adventistas de la Asociación Argentina Central, con sede en Córdoba, Rep. Argentina.

En la Iglesia Adventista hay básicamente tres tipos de reuniones regulares durante las horas del sábado: la Escuela Sabática, el culto divino y la reunión de jóvenes. Generalmente las dos primeras tienen lugar durante la mañana. La tercera se desarrolla por la tarde.

Es interesante notar que en algunas de nuestras iglesias, grandes o pequeñas, durante la tarde del sábado hay varias actividades que ocupan a los miembros: comisiones, ensayos del coro, conjuntos musicales, estudios bíblicos, bautismos, visitas a los enfermos, cursos o seminarios de entrenamiento, distribución de folletos, visitas a familiares,

amigos y a otras iglesias, recitales, además del descanso personal.

Todas las actividades sabáticas son buenas y útiles para el desarrollo de nuestros hermanos. Pero muchas veces me pregunto: ¿Cuál de los tres encuentros sabáticos es el más importante: la Escuela Sabática, el culto divino o la reunión de jóvenes? ¿Será ésta sólo para ellos?

No me interpreten mal: lo que quiero decir es que las tres reuniones del sábado deberían ser de igual importancia en lo que a participación se refiere. Ninguna de ellas es igual en su estructura; cada cual es diferente. Tal vez, en muchos casos (sin darnos cuenta), creemos que la reunión de los jóvenes es de segunda categoría. No lo decimos, pero lo evidenciamos con nuestras actitudes.

Apoyo decisivo

Nos gusta hacer lo que consideramos importante. Por más humilde que parezca nuestro trabajo, nos gusta creer que es valioso y que contribuye al éxito global de la iglesia o la empresa.

¿Cuál es el mensaje que transmitimos cuando nos ausentamos del encuentro de los jóvenes? ¿Cómo se sienten sus líderes al ver tan pocos asistentes? ¿Por qué, con cierta frecuencia, lo suspendemos en favor de otros programas?

Nos gusta asistir a una iglesia que está llena de gente. Eso transmite una sensación de importancia y celebración. Bien, usted puede pen-

sar que ir a la iglesia no es cuestión de gusto personal sino un deber para con Dios. Es verdad, pero es importante que logremos que los jóvenes le tomen el gusto a la adoración. El Señor desea que lo adoremos por el placer de hacerlo, y no por obligación, deber o decreto.

Cuando yo, como pastor, ocupo la hora del encuentro de los jóvenes para atender asuntos "más importantes", con mi actitud estoy diciendo que el programa de los jóvenes carece de importancia. Y a los jóvenes no les gusta estar en lugares que no tienen importancia. Desean que veamos cómo crecen, como se esfuerzan y cómo pueden desarrollar programas atractivos. Esperan una iglesia repleta de hermanos que participan de sus actividades. El éxito de sus emprendimientos depende de la cantidad de gente que participa de las reuniones que promueven.

Cuando surja la necesidad de desarrollar un programa especial durante la tarde del sábado, debería insertársela en el encuentro de los jóvenes. No deberíamos dar este anuncio: "Hoy no tendremos el encuentro de los jóvenes", sino: "Durante el encuentro de los jóvenes tendremos tal actividad (bautismo, conferencia, seminario, etc.)". Y no se trata sólo de un asunto de semántica.

La práctica del amor

Los jóvenes desean participar. Es responsabilidad de los pastores enseñarles, inspirarlos, motivarlos y

aconsejarlos. El primer objetivo del ministerio en favor de los jóvenes consiste en "salvar del pecado y guiar en el servicio". Es necesario que la iglesia apoye más a los jóvenes. Recordemos que nuestro primer campo misionero es el hogar.

Elena de White dice: "Se ha perdido mucho para la causa de Dios como consecuencia de la falta de atención a los jóvenes. Los ministros del evangelio deberían establecer una relación feliz con los jóvenes de sus congregaciones. Muchos no quieren relacionarse con los jóvenes, pero en el cielo eso se considera un descuido del deber, un pecado contra los seres por los cuales Cristo murió. Los jóvenes son el objeto de los ataques especiales de Satanás, y la manifestación de bondad, cortesía, y tierna simpatía y amor muchas veces obrará para la salvación de los que están tentados por el enemigo. El amor de Jesús conquistará el corazón de los jóvenes, y cuando ganamos su confianza oirán nuestras palabras y aceptarán nuestros consejos. Debemos unirlos a nuestro corazón con las cuerdas del amor, y entonces podremos instruirlos para trabajar en la causa de Dios" (*Review and Herald*, 24 de marzo de

1891).

La referencia a los ministros no se limita a los pastores; implica a los ancianos también.

"Con el fin de que la obra pueda avanzar en todos los ramos, Dios pide vigor, celo y valor juveniles. Él ha escogido a los jóvenes para que ayuden en el progreso de su causa. El hacer planes con mente clara y ejecutarlos con mano valerosa requiere energía fresca y no estropeada. Los jóvenes están invitados a dar a Dios la fuerza de su juventud, para que por el ejercicio de sus poderes, por reflexión aguda y acción vigorosa le tributen gloria e impartan salvación a sus semejantes" (*Mensajes para los jóvenes*, p. 14).

El ejemplo de los pioneros

Los pioneros del movimiento adventista eran jóvenes. Dios los bendijo y le dio prosperidad a su obra. Hoy, en pleno siglo XXI, necesitamos apoyar más a nuestros jóvenes. Aunque como iglesia hayamos experimentado muchos triunfos en este sentido, frente a la inminente venida de Cristo debemos ajustar nuestro sistema para que todo funcione armónicamente. No los dejemos solos en el ejercicio del lideraz-

go o de las tareas que les confiamos. Necesitamos que más pastores y dirigentes abracen de corazón el ministerio en favor de los jóvenes.

Bailey Gillespie escribió lo siguiente: "Ocurre con mucha frecuencia que la iglesia es esencialmente una estructura que tiende hacia la orfandad. No actúa como padre de sus miembros a través de la vida, sino que los convierte en huérfanos cuando más necesitan de estabilidad (*Ministerio adventista*, septiembre-octubre de 1977, p. 16, edic. brasileña).

No entiendo la razón por la cual una reunión tan vital para la vida de los jóvenes en nuestras iglesias está declinando paulatinamente en muchos lugares. No entiendo las actitudes de algunos que, aunque dicen que aman a los jóvenes, no les dan participación en la misión de la iglesia. No entiendo algunas demostraciones de indiferencia con respecto a este asunto, aunque tengamos respaldo teológico o filosófico para ello.

Mi mayor deseo es ver crecer más rápidamente a la iglesia y que se fortalezca en unidad, con la participación de la juventud, y se aliste para el encuentro con Cristo Jesús. 🙏



Los jóvenes son el objeto de los ataques especiales de Satanás, y la manifestación de bondad, cortesía, y tierna simpatía y amor muchas veces obrará para la salvación de los que están tentados por el enemigo.

Pequeñas víctimas



Antonio Estrada M.

Doctor en Filosofía, consejero matrimonial y profesor en el Centro Universitario Adventista, São Paulo, Brasil.

Ya tuve la oportunidad de ayudar a muchas víctimas de abuso sexual. Lamentablemente, son más numerosas de lo que imaginamos. No existe sólo una causa aislada de abuso sexual. Son muchas, tanto en el ámbito individual como en el sociocultural. Los especialistas señalan cuatro condiciones previas para el abuso sexual. La primera es la motivación, que está compuesta de tres factores: la congruencia emocional (cuando el abuso satisface alguna necesidad emocional del agresor), la excitación sexual (cuando el niño es una fuente potencial de satisfacción sexual) y la incapacidad para mantener una relación sexual normal.

La segunda es la ausencia de inhibidores internos. Cuando se los derriba o se los vence, el riesgo de abuso es alto.

La tercera es la ausencia de inhibidores externos. Los dos primeros tienen que ver con el agresor, pero el último tiene que ver con la supervisión y el cuidado que recibe la víctima de otras personas, ya se trate de familiares, vecinos o amigos.

El mayor inhibidor externo en el seno de una familia es la presencia protectora de los padres. Si ésta no existe, y si el niño o la niña están cer-

ca de alguien con tendencias hacia el abuso y sin inhibidores internos, el riesgo aumenta peligrosamente. Eso explica por qué los hijos de los padres que trabajan, o que están separados, o enfermos o fallecidos, son más vulnerables al ataque sexual que los que se encuentran protegidos por un adulto.

La cuarta condición previa se produce cuando se vence la resistencia del niño. El cariño de los padres y la educación preventiva aumentan la resistencia de los niños. Por otro lado, la coerción, las amenazas, los regalos, la inmadurez, el retardo mental, la ignorancia y el soborno debilitan la resistencia infantil.

Cerca del 80 % de los casos de abuso sexual se produce en el seno de las familias de alcohólicos. Paradójicamente, a continuación, están las familias muy religiosas. Según ciertos estudios, muchos de los agresores provienen de familias sumamente moralistas, o que pertenecen a grupos con orientación religiosa fundamentalista, en los cuales la religión se exhibe en público pero no se practica en privado.

Las consecuencias

Los efectos inmediatos del abuso sexual, que también sirven como indicadores de que el hecho sucedió, pueden ser físicos, psicológicos y de conducta.

Entre los efectos físicos se encuentran las heridas, la presencia de sangre en la zona genital, inflamaciones o infecciones de la uretra, la vagina o el ano, dolores de estómago y de cabeza, vómitos, alteraciones del apetito, enfermedades de transmisión sexual y embarazo.

Entre los efectos psicológicos figuran ansiedad, agitación, pesadillas, fobias, pánico, vergüenza, sentimiento de culpa y de desamparo, falta de concentración, ira, aislamiento y depresión.

Entre las manifestaciones relativas al comportamiento se encuentran una conducta sexual sin inhibiciones (masturbación, modales seductores en la manera de hablar, de vestirse y de actuar). Un bajo rendimiento escolar, una actividad desmesurada. Los miedos y las fobias también forman parte de la lista.

Pero las consecuencias posteriores son las más perjudiciales porque pueden causar la infelicidad por el resto de la vida tanto de la víctima como de los que se relacionan con ella. Un niño que ha sido víctima de abuso sexual, y que no ha recibido ayuda profesional oportuna, puede quedar perjudicado de por vida. Puede alterar su identidad, la satisfacción familiar, el éxito profesional y su relación con Dios.

Hay una especie de síndrome de daño que permanece si la víctima sufrió dolor físico durante el abuso. Es como si se sintiera herida para siempre, y que la falta algo. Esto ejerce una influencia muy fuerte sobre la estima propia del niño, que se siente en desventaja frente a los demás.

Los padres, avergonzados por lo que sucedió, y con miedo de que el hecho se repita, limitan la relación del niño fuera de la casa con otros de su edad. De esa manera se altera la vida social de la criatura, lo que genera incapacidad para cultivar amistades. Es común que las víctimas del abuso sexual se consideren poco atractivas, limitadas o inútiles.

Niveles de culpa

En algunas personas el sentimiento de culpa surge casi instantáneamente. En otras después de que se revela el secreto. Ese sentimiento aparece en tres niveles. En el primero la víctima se siente culpable al creer que es responsable de lo que sucedió. A veces la familia, la sociedad, los médicos y los jueces contribuyen a que se produzca esta situación.

El segundo nivel de culpabilidad aparece cuando el secreto deja de serlo. En ese caso la víctima se siente responsable por haber denunciado el hecho primero a la familia, y después a los médicos y a las autoridades. El tercer nivel es consecuencia de los cambios que se producen en el comportamiento familiar. Después del descubrimiento del hecho y la consiguiente denuncia, nada volverá a ser igual ni para la víctima ni para los miembros de su familia. Es común que la familia se cambie de casa, de iglesia y hasta de religión. Por lo general, a la víctima la mandan a otra escuela. Si el padre es el agresor, la desintegración familiar es total. Las familias se dividen entre los que están en favor de la denuncia y los que están en contra de ella. Frente a eso la víctima se siente culpable, porque el resentimiento de los que estaban en contra de la denuncia recae sobre ella.

La sexualidad de la víctima también se altera. Los estudios practicados revelan que las víctimas de incesto, por ejemplo, sufren disfunciones sexuales: algunas no logran excitarse, otras sufren de anorgasmia primaria o secundaria. Hay quienes se entregan a la promiscuidad y la prostitución, otras a la pornografía y algunas víctimas se vuelven a su vez abusadores sexuales. También existen los que no logran tener una identidad sexual propia y pueden llegar a la homosexualidad.

Reacciones

La lista de las consecuencias es grande, lo que depende de la edad y

el sexo de la víctima, el momento de la agresión, la cantidad de veces que se produjo, su relación con el agresor y si el hecho estuvo acompañado de violencia o no. Mientras más edad tenga el agresor y mientras más cercano sea a la víctima, más grande será el trauma.

Cuando nos enteramos de un caso de abuso en nuestra comunidad, ciertas reacciones son naturales. Primero puede haber incredulidad, si el abusador es un miembro respetable de la iglesia, o podemos reaccionar con indignación. Podemos tener miedo al no saber cómo tratar el caso. Sea como fuere, es responsabilidad de los ministros del evangelio ayudar a las familias que experimentan esta tragedia.

El agresor, la familia y la iglesia necesitan saber que la gracia de Cristo puede transformar las tendencias heredadas y adquiridas. Por lo tanto, es posible una restauración completa al obrar en colaboración con los instrumentos divinos. Todas las heridas pueden sanar por la gracia de Jesús. Alabado sea Dios por esto.

Cómo ayudar

- Muchos pastores no tienen la preparación ni la experiencia adecuadas para tratar asuntos de esta naturaleza. Al mismo tiempo que cuidan del aspecto espiritual, deben buscar la ayuda de un psicólogo cristiano y experimentado.
- Preste atención a los síntomas, pero no trate el caso con brusquedad. Eso podría parecer amenazador. Cree un ambiente de confianza, apoyo, preocupación genuina y de confidencia. La persona finalmente se abrirá y dará a conocer el hecho.
- Los niños casi nunca mienten cuando dicen que han sido víctimas de abuso sexual. Las dudas y la falta de sensibilidad es una traición a la confianza. No manifieste incredulidad y garantícele que hará todo lo posible para averiguar el caso y proteger a la víctima.

• Verifique toda la historia. Esa actitud confirmará su interés en ayudar. Observe la espontaneidad y la consistencia de las respuestas. Use un lenguaje comprensible al interrogar.

- Nunca insinúe que el niño pudo tener la culpa de lo que sucedió.
- Las víctimas de abuso sexual necesitan oídos confiables, respetuosos, sinceros y cristianos.
- La víctima de abuso sexual debe estar segura de que su pastor no la juzgará, ni la condenará ni la avergonzará. Por eso, evite las expresiones de horror y desaprobación.
- Esto es algo confidencial. No le pida al niño que cuente en presencia de terceros lo que sucedió. Usted mismo obre con prudencia al relatar los hechos ante la junta de la iglesia o de la escuela, etc.
- Transmita la seguridad de que la víctima de abuso sexual sigue teniendo hacia usted la misma confianza que siempre tuvo.
- Es muy importante que la persona sepa que sigue siendo objeto del amor de Dios, y que él quiere curar sus dolores y heridas emocionales, y restaurar su vida por completo.
- Movilice todas las fuerzas disponibles en la iglesia para que, como comunidad espiritual, ayude a la familia a recuperarse del trauma que ha experimentado.
- Es natural que algunos miembros se sientan indignados, que otros manifiesten incredulidad y que se produzcan divisiones. Algunos se sentirán inclinados a perdonar; otros querrán "hacer justicia". Ore a Dios pidiendo sabiduría y prudencia al poner en armonía todos esos sentimientos.
- Al agresor se lo debe tratar como cualquier otro miembro que ha caído en falta. Es probable que también esté sufriendo. Necesita del perdón de Dios, de la familia de la víctima, de sí mismo y de la iglesia. Necesita ayuda espiritual y terapia especializada. 

Los principios, ayer y hoy



Juan
Millanao O.

Doctor en Ministerio, profesor en el Seminario Latinoamericano de Teología, Engenheiro Coelho, São Paulo, Brasil.

Si se considera que un principio es una conducta que se profesa, una ley fundamental o un sentido de dirección, todas esas acepciones se pueden vincular con el carácter moral de Dios. Hacer algo ajustado a un determinado principio es más que simplemente cumplir un deber; es una decisión o manifestación moral delante de un Dios moral.

Es tarea de la iglesia preparar un pueblo para la segunda venida de Cristo, basado en principios sólidos y bíblicos. Esto constituye un gran desafío, en vista de que los principios de la sociedad secular tienen como fuente original las ideas y la experiencia humanas. En general, esos principios se contraponen a los de Cristo. Pablo trazó una línea de separación entre los “rudimentos del mundo” y la fe en Cristo (Col. 2:20). La razón parece ser que los rudimentos del mundo son los principios básicos de las creencias paganas (Col. 2:8). Aquí Pablo escribe contra cualquier filosofía de vida basada sólo en ideas y experiencias humanas. No condena la filosofía en sí, sino las enseñanzas centradas en el hombre y no en Cristo. Aun cuando la sociedad secular reconoce la importancia de los principios, su fuente no es la misma que la de los principios cristianos.

Entre las explicaciones más recientes acerca del origen de los principios, se encuentran las ideas de Emmanuel Kant. Básicamente, él propone una deontología (estudio de los deberes), para regular la existencia humana en comunidades. Propone que las acciones resultantes de los deseos no pueden ser libres; que la libertad sólo se encuentra en la acción racional. Esa acción racional no se puede basar en los deseos de una sola persona, sino que debe estar de

acuerdo con una ley universal. Kant también dice que nuestras acciones poseen valor o dignidad moral sólo cuando cumplimos el deber por causa de su valor intrínseco.

Los escritos de Kant presentan la propuesta del principio universal de la razón; el individuo sólo debe actuar de acuerdo con lo que ve. La ley moral produce inevitablemente en nosotros un sentimiento de reverencia o temor. Pero, ¿debería ser ese sentimiento la base de la obediencia a los principios? La eficacia de esa ley universal de Kant la desmiente el mundo violento y sin respeto al prójimo en que vivimos. Parece que el hombre necesita de algo más que él mismo y su razón para establecer principios y vivirlos.

En los días de Israel, Dios le proporcionó a su pueblo importantes principios de vida, que le aseguraban una buena relación con él y con el prójimo. En Deuteronomio, desde el capítulo 4:44 hasta el 28:68, encontramos el segundo sermón de Moisés. En él se destacan los siguientes principios para vivir una vida santa:

- Los Diez Mandamientos.
- Amar a Dios.
- Leyes referentes al culto.
- Leyes de gobierno y nacionales.
- Leyes que rigen las relaciones humanas.
- Las consecuencias de la obediencia y la desobediencia.

Con el transcurso del tiempo, Dios amplió su instrucción acerca de los principios. En todos los tiempos le propuso a su pueblo principios e ideales. En los escritos de Elena de White los principios de la vida cristiana tienen su origen en Dios y, por lo general, aparecen relacionados con su reino. Los ideales están vinculados al ministerio de la iglesia, especialmente con la idea de incitar a los jóvenes a progresar en la vida.

Definición

Pero si vamos a hablar de manera concreta, ¿qué son los principios? Según los diccionarios y la opinión de los estudiosos podemos definir los principios de muchas maneras:

- Una regla de acción o de conducta aceptada o profesada.
- Una ley fundamental; un axioma o doctrina.
- Una base de conducta o de administración, personal o específica; adhesión a los principios de alguien.
- Un sentido de dirección dado por los requisitos y las obligaciones de una conducta correcta.
- Una cualidad esencial; determinada característica de algo.
- Instrumento originador o actuante; Dios, que permite el desarrollo en el principio de vida.

Sin duda, varios de estos conceptos se aplican a la existencia y la acción del pastor adventista y de las iglesias a las cuales sirve.

Si se considera que un principio es una conducta que se profesa, una ley fundamental o un sentido de dirección, todas esas acepciones se pueden vincular con el carácter moral de Dios. Hacer algo ajustado a un determinado principio es más que simplemente cumplir un deber; es una decisión o manifestación moral delante de un Dios moral. No es difícil que nuestra deontología (concepto de los deberes)

llegue a ser lo que le exigimos a los demás. Pero el Dios de la Biblia trata de que su carácter se reproduzca en sus hijos y nunca les impone un deber sin darles tiempo para cumplirlo. Generalmente, Dios obra a largo plazo. Salomón nos enseña que los principios de Dios para una vida correcta producen una felicidad duradera porque nos guían en una conducta a largo plazo, a pesar de la mutabilidad de nuestros sentimientos (Prov. 10:2).

Los altibajos de la vida cristiana contribuyen a que los principios sean imprescindibles. ¿Estamos sugiriendo que consideremos la vida a través de los principios y las causas? No; pero tampoco podemos vivir sólo por impulsos, por las ideas que están de moda, por las tendencias de la mayoría, etc. Los espíritus más libres pertenecen a hombres y mujeres que construyen conscientemente sus vidas diarias en torno a los principios y las leyes de la Palabra de Dios. ¿Por qué es mala la desobediencia? Porque Dios lo considera así. Sin los principios inmutables basados en una ley más importante sólo nos quedará la mutabilidad de la moda, o de cualquier invención pasajera. Los principios son indicaciones divinas de un carácter moral, que iluminan las decisiones que tomamos todos los días.

La identificación de los principios

Muchos opinan que la Biblia no se ajusta a lo contemporáneo. Según ellos, carece de importancia. Se preguntan qué beneficio se puede obtener de un libro escrito hace más de dos mil años en un oscuro rincón del Medio Oriente. En verdad, la Biblia es a la vez temporal y atemporal. Es temporal porque se refiere a situaciones específicas, porque Dios está personalmente implicado en la vida de su pueblo.

Es temporal porque nos presenta ejemplos concretos, no abstractos. En lugar de proporcionarnos un tratado de teología acerca del dolor y el sufrimiento, nos da el libro de Job. También nos presenta la vida de Abraham para enseñarnos cómo puede crecer nuestra fe.

Pero la naturaleza concreta de la Biblia suscita algunos problemas, porque nuestras situaciones y nuestros conflictos no siempre están directamente relacionados con las situaciones de la Escritura. Por ejemplo, Dios no nos llama a dejar Ur de los Caldeos, ni somos esclavos en Egipto. La destrucción de Jericó no significa que nosotros tenemos que dar siete vueltas alrededor de una ciudad.

Por otro lado, la Palabra de Dios también es atemporal. Así como Dios le habló a la gente de antaño, nos habla a nosotros hoy. Compartimos la misma humanidad y los mismos problemas de los personajes bíblicos. Hoy también existen "Bet-sebas", donde se lucha contra la lujuria. También hay "Belsaures" que luchan con el orgullo y la arrogancia. No tenemos la misma espina en la carne que tenía Pablo, pero sufrimos dolores e incomodidades, durante los cuales Dios nos dice: "Bástate mi gracia" (2 Cor. 12:9). Todavía se puede aplicar la orden de honrar a los padres (Efe. 6:2), y creemos que el amor es siempre el mejor camino (1 Cor. 13).

Al considerar la importancia de la Biblia, ¿cómo podemos identi-

Los principios divinos que encontramos en la Biblia se deben vivir y poner en práctica con el fin de preparar un pueblo para su encuentro con Dios. Se debe enseñar los principios bíblicos y no sólo sus aplicaciones. El asunto no es si podemos o no hacer algo. Lo importante es lo que está detrás de nuestra fe. Los seres racionales luchamos, vivimos los principios y hacemos decisiones. Las leyes de Dios se resumen en amor a él y al prójimo.

car sus principios y de qué manera nos afectan positivamente? Un ejemplo que puede ayudar se encuentra en 2 Corintios 12:9 y 10. Ahí Pablo habla de un "mensajero de Satanás, de una espina en la carne" que lo atormentaba (vers. 7). Se ha especulado mucho acerca de qué era esa "espina": dolor de cabeza o de oído, problemas de visión, malaria, epilepsia, problemas para expresarse, hipocondría, dolor de muelas y hasta piojos. Sea lo que fuere, a Pablo la situación no le gustaba. Tres veces pidió que le fuera quitada (vers. 8). La "espina" no sólo lo atormentaba, sino que lo mantenía humilde y consciente de su fragilidad. En lugar de quitarla, Dios le dio gracia para soportarla. Usó la "espina" para mostrar su poder.

¿Contiene la respuesta de Dios al problema específico de Pablo un principio más amplio? La respuesta divina va más allá del problema en sí. El Señor no dice: "Mi poder se perfecciona con esa espina", sino: "Mi poder se perfecciona en la debilidad". De modo que ya no era importante para Pablo la identificación del problema. La promesa de Dios se aplica a cualquier cosa que nos haga sentir débiles, humildes y dependientes de él.

También está implícito en la experiencia de Pablo lo que todo ser humano debe hacer. El apóstol dice que se alegraba por los insultos, las persecuciones, las necesidades y las flaquezas. Ninguna de esas cosas equivale a su "espina", pero todas ellas tienen ciertos puntos semejantes relativos a las consecuencias. Pablo sabía que la gracia de Dios era suficiente para soportar todo. Cualquiera que sea nuestro problema o espina personal, podemos descansar en la gracia y en el poder de Cristo.

Desde el punto de vista de la metodología, identificar los principios generales de la Biblia depende de formular las preguntas adecuadas. Hay tres preguntas que se le debe hacer al texto bíblico:

1. *¿Establece el autor un principio general?* En 1 Corintios 8:9 Pablo facilita nuestra tarea al declarar explícitamente el principio: nuestra libertad no debe ser un tropiezo para los débiles en la fe. Pero no siempre se facilita la identificación del principio. En Efesios 6:5 Pablo recomienda obediencia a los amos de este mundo. Como la esclavitud ya no existe, la orden parece no tener aplicación en nuestros días. Por lo demás, ése es uno de los tres ejemplos que nos da Pablo en su epístola a los Efesios. Los otros son consejos acerca de la obediencia a los padres (Efe. 6:1) y la sumisión de las esposas a sus maridos (Efe. 5:22). Cada uno de ellos ilustra el principio general que consiste en someterse unos a otros en el temor de Dios (Efe. 5:21).

2. *¿Por qué motivo se dio la instrucción que se está considerando?* Que se establezca o no un principio general, por lo común podemos descubrirlo si observamos no sólo el mandamiento en sí sino también la razón por la cual se lo dio. Los mandamientos no se establecen en el aire. En la epístola a los Gálatas Pablo da instrucciones específicas en contra de la circuncisión (Gál. 5:2, 3). Pero, a pesar de la prohibición, muchos la siguieron practicando. ¿Eran desobedientes? La única manera de responder esta pregunta consiste en considerar por qué Pablo hizo esta advertencia.

El pasaje no se refiere solamente a una circuncisión carnal o física. En Cristo eso no tiene valor (vers. 6). Pablo no condena el acto físico sino las razones de la gente para practicarlo, o sea, el intento de establecer la propia justicia (vers. 4). El principio general es que no podemos conseguir el favor divino mediante nuestros esfuerzos personales, sino sólo por la fe. En vista de esto, ¿cuáles son los niveles de aplicación de este principio?

- ☛ Los gálatas no debían circuncidarse. ¿Por qué?
- ☛ Porque nadie puede ser justificado ni perdonado por la obediencia a la Ley. ¿Por qué?
- ☛ Porque Dios no nos acepta sobre la base de nuestros propios méritos, sino sólo por la fe.

El principio general lo encontramos en el segundo nivel. Pero su aplicación era más adecuada a la cultura judía. El principio más amplio se encuentra en el tercer nivel. Es lo suficientemente amplio como para aplicarlo a nuestra situación actual.

3. *Un principio general, ¿revela un contexto más amplio?* En esta búsqueda de principios es importante considerar tanto el contexto inmediato como el mediato. En 1 Corintios 6:8 el principio se en-

cuenta en el contexto inmediato (vers. 9). En Efesios, en cambio, tuvimos que buscar en los tres párrafos precedentes el texto que se refería a la esclavitud.

¿Qué ejemplos de principios bíblicos podemos citar del Antiguo Testamento? En el contexto de los grandes principios divinos enunciados por Moisés en su segundo sermón, los siguientes puntos parecen poder aplicarse de una manera especial al ministerio adventista de la actualidad.

Principios relacionados con el culto. En Números 29:1 aprendemos que las santas reuniones implicaban la suspensión de los trabajos pesados. En la Fiesta de las Trompetas encontramos tres grandes principios que se pueden aplicar al culto de la actualidad. ¿Cuál era la práctica y cuál el principio?

- La práctica consistía en que el pueblo se reunía para celebrar y adorar. El principio que hallamos aquí es que hay un beneficio adicional cuando la adoración es colectiva.

- La práctica de suspender la rutina diaria al no llevar a cabo trabajos pesados. El principio es que la adoración requiere tiempo, y el hecho de apartar ese tiempo nos ayuda a ajustar nuestras actitudes subsiguientes y proyectar las futuras.

- La práctica de sacrificar animales y ofrecer holocaustos (ofrendas consumidas por el fuego). El principio implícito es nuestra consagración a Dios cuando le damos algo de valor. La mejor ofrenda somos nosotros mismos.

Aunque no ofrezcamos animales en el culto, los motivos básicos: el perdón de los pecados y la gratitud, todavía están en vigencia.

Principios referentes a las relaciones humanas. El capítulo 21 de Éxodo nos revela que se dieron esas leyes porque todo lo que hacemos tiene consecuencias. Al rela-

cionarnos con otra gente, deberíamos recordar siempre los principios que emanan de esas leyes, actuando de modo responsable y justo con amigos y enemigos. Salomón enseñó que “al que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y oprobio” (Prov. 18:13). El principio que encontramos aquí es que siempre se debe buscar información adicional. La otra alternativa es el prejuicio o juzgar antes de estar en posesión de todos los hechos.

Acerca de la honestidad, en Miqueas 7:1 al 4 se advierte que el modelo de honestidad proviene de Dios y no de la sociedad. Somos honestos porque Dios es la verdad.

Principios referentes a Dios y sus mandamientos. De Levítico 8:8 (Urim y Tumim) se desprende que Dios tenía un propósito definido al usar ese método, que era enseñar a la nación los principios que debía seguir. En Josué 20:6 observamos que los levitas estaban a cargo de las ciudades de refugio. Debían asegurarse de que se mantuvieran los principios divinos de justicia y equidad (Núm. 35:6, 11-28).

En Josué 24:31 al 33 aprendemos que el pacto con Dios requiere renunciar a los principios y las prácticas de la cultura que nos rodea, hostiles a los planes del Señor. Basados en Levítico 27:3 al 34, podemos inferir, en cuanto a la devoción del diezmo, que muchos de los principios relacionados con los sacrificios y los diezmos tenían que ver con el desarrollo de actitudes internas y acciones externas. Dios ama al dador alegre y agradecido (2 Cor. 9:7). La discusión actual acerca del diezmo y sobre lo que es “la casa del tesoro” debería considerar que el propósito final de la benevolencia (generosidad) sistemática es la santificación de la vida de la persona que devuelve el diezmo o da la ofrenda.

Podemos citar dos principios bí-

blicos del Nuevo Testamento. Uno tiene que ver con el primer concilio de la iglesia cristiana. El segundo se refiere a la reverencia y el respeto por la esposa. En Hechos 15:1 al 4 se nos cuenta que Pablo y Bernabé comparecieron ante el Concilio de Jerusalén para explicar lo que habían hecho. El argumento contrario de algunos fariseos aparece en el versículo 5. ¿Por qué debían circuncidarse los gentiles? Porque Moisés lo enseñó así. Los fariseos no estaban citando un principio o una razón. Se limitaban a recordar a Pablo y Bernabé que su obligación era sólo obedecer sin hacer preguntas.

Si Moisés lo ordenó, entonces no debería haber discusión. En la última parte de Hechos 15 encontramos que el Concilio, después de debatir, puso la circuncisión como algo opcional para los cristianos. ¿Reclamaron los tradicionalistas diciendo que la medida anulaba una de las características del movimiento? ¿Sugirieron que la iglesia estaba transigiendo con el mundo?

Después de dos mil años vemos cuán acertada fue esa decisión. En lugar de perder una característica especial, los creyentes buscaron algo más perdurable, no la circuncisión externa de la carne, sino la del corazón, la de una vida transformada. El principio siguió inalterable, pero los tiempos habían cambiado y la aplicación también. Por lo tanto, la conducta de la iglesia frente al principio tuvo que cambiar.

El segundo ejemplo se encuentra en 1 de Corintios 11:2 al 16. Esos pasajes se refieren a las actitudes apropiadas durante el culto. Aunque contienen indicaciones definidas de parte de Pablo con una base moral no permanente o cultural, los principios que se encuentran detrás de la práctica todavía están en vigencia: respeto por la esposa y reverencia en el culto.

Cómo vivir de acuerdo con los principios

Los principios divinos que encontramos en la Biblia se deben vivir y poner en práctica con el fin de preparar un pueblo para su encuentro con Dios. Se debe enseñar los principios bíblicos y no sólo sus aplicaciones. El asunto no es si podemos o no hacer algo. Lo importante es lo que está detrás de nuestra fe. Los seres racionales luchamos, vivimos los principios y hacemos decisiones. Las leyes de Dios se resumen en amor a él y al prójimo. ¿Gobiernan esos dos principios nuestros pensamientos, decisiones y actos? No hacemos algo o dejamos de hacerlo porque estamos en presencia de autoridades, porque se nos amenaza, porque las circunstancias son favorables o desfavorables, porque nos conviene o no, sino porque estamos delante de Dios y de sus principios.

Delante de Dios todo lo hacemos voluntariamente. Nuestras decisiones son personales. Como todo lo que hacemos tiene sus consecuencias, los principios nos ayudan a tomar las mejores decisiones. Dar “recetas” para vivir no es apropiado, porque los principios implican decisiones personales dentro del contexto del bien y del mal.

Tal vez la experiencia de la iglesia primitiva (Hech. 15) sea la que ilustre mejor la diferencia que existe entre los principios y su aplicación. Ésta siempre es un asunto abierto a discusión por causa de factores culturales, temporales y circunstanciales. Hace dos mil años muchos tradicionalistas confundieron la aplicación con el principio. Intentaron poner la aplicación dentro del círculo, junto con los principios, en la creencia de que cada cambio implica compromisos, y que compromete las características especiales de la iglesia. Pero la práctica puede cambiar sin des-

Para evaluar cualquier consejo pregunte si es realista, realizable y si concuerda con los principios bíblicos. Dios nos invita a trabajar sobre la base de principios sólidos. Como resultado de ello, el Espíritu Santo impresionará a muchos para que acepten los principios divinos.

truir el principio. Nuestras características adventistas se deben fundar sobre principios inmutables y no sobre aplicaciones que pueden cambiar con la cultura, el tiempo y las circunstancias.

Si somos honestos con nosotros mismos, debemos reconocer que muchos de nosotros, los adventistas, hemos hecho lo mismo con Elena de White, al estudiar sus escritos en busca de aplicaciones en lugar de principios. Estamos tentados a generalizar consejos que ella dio para situaciones definidas, aplicándolos indiscriminadamente. Eso no es ser justo con Elena de White.

Si nos interesa saber cuáles son los principios que se encuentran detrás de la evangelización, por ejemplo, Pablo nos ayuda a conocerlos en 1 de Corintios 9:2:

- Debemos encontrar un punto en común con los que pretendemos evangelizar.
- Debemos evitar la actitud del “sabelotodo”.
- Debemos actuar de tal manera que la gente se sienta aceptada.
- Debemos ser sensibles a las necesidades y preocupaciones de la gente.
- Debemos estar atentos a las oportunidades de hablar de Cristo.

Si nuestra preocupación es la benevolencia sistemática, el mismo apóstol nos invita a considerar 2

Corintios 8:10 y siguientes. Allí se nos desafía a actuar de acuerdo con lo que se planificó. Cuatro principios orientan el acto de dar:

- La disposición a dar de todo corazón es más importante que la cantidad que se da.
- El esfuerzo para cumplir las responsabilidades financieras.
- Dar a los necesitados podría ser un acto que implica un retorno de la misma naturaleza y en las mismas condiciones.
- Dar como si fuera a Cristo. La manera como damos pone de manifiesto nuestra devoción a él.

Es importante conversar con otros colegas acerca de la mejor manera de preparar al pueblo de Dios para la segunda venida de Cristo mediante el empleo de principios bíblicos. Primera de Reyes nos dice que Roboam pidió consejo, pero después de recibirlo no lo consideró cuidadosamente. Si lo hubiera hecho, habría verificado que el consejo de los ancianos era más sabio que el de sus amigos jóvenes.

Para evaluar cualquier consejo pregunte si es realista, realizable y si concuerda con los principios bíblicos. Dios nos invita a trabajar sobre la base de principios sólidos. Como resultado de ello, el Espíritu Santo impresionará a muchos para que acepten los principios divinos. 

El tiempo de la “Migración”



Manoel Xavier de Lima

Evangelista de la Asociación Paulistana, Brasil.

El término “migración” aparentemente no aparece en la versión Reina-Valera de la Biblia castellana, pero sí una expresión equivalente: “el tiempo de su venida”. La encontramos en Jeremías 8:7, donde dice: “Aun la cigüeña en el cielo conoce su tiempo, y la tórtola y la grulla y la golondrina guardan el *tiempo de su venida*; pero mi pueblo no conoce el juicio de Jehová”.

Este artículo, por cierto, no pretende desentrañar el voluminoso contenido histórico, teológico y hasta escatológico de este versículo. Aunque una de mis lecturas predilectas sea la referente a la “migración” de las aves y otros animales, sólo quiero pedirle a Jeremías que me preste esta metáfora para darle una aplicación secundaria.

El ministro, después de un largo período de trabajo dedicado, al acercarse a los 65 años de edad necesita conocer y reconocer el tiempo de su “migración” del servicio activo. Aquí cabe también, a manera de préstamo, la propuesta de Cristo a sus ministros: “Venid vosotros apar-

te a un lugar desierto, y descansad un poco” (Mar. 6:31).

En el límite

Hace poco, cierto canal de televisión del Brasil promovió una audaz prueba de supervivencia en la selva y en las desiertas playas del Estado de Ceará. Fue una prueba sumamente difícil para un grupo de hombres y mujeres que desafió los límites máximos de su capacidad física y psíquica. Y todo por un premio de 300.000 reales (unos 150.000 dólares). Sólo uno salió vencedor.

Cuando se trata de gente joven, desafiar los límites de la vida es admisible y hasta loable. Pero la tercera edad exige una marcha más lenta. Incluso porque después de treinta años de ministerio todo pastor ya llegó varias veces a los límites de sus posibilidades.

En el capítulo 11 de la epístola a los Hebreos, Dios nos presenta la reseña de un equipo especial. Los misioneros de todos los tiempos están representados en esa marcha olímpica de Dios. No van más allá de los límites de sus posibilidades con la esperanza de ganar premios en dinero, medallas de oro, plata o bronce, sino la corona de la vida eterna (1 Cor. 9:24-26).

Diferentes clases de jubilados

En Sudamérica la jubilación de los religiosos varía de un país al otro, y no siempre es segura. Por esa razón, las iglesias, con el fin de proteger a sus misioneros, aplican diferentes planes de jubilación.

Hay tres clases de jubilados: la primera es la de los jubilados precoces. Es el grupo que por diversas circunstancias de la vida: accidente o enfermedad, reciben una jubilación proporcional al tiempo que dedicó al servicio y a su edad. En la Biblia encontramos muchos ejemplos de misioneros cuyo ministerio se interrumpió prematuramente. Por causa de la intolerancia política y religiosa, millones de hombres y mujeres a lo largo de la historia también se vieron obligados a interrumpir su ministerio antes de tiempo.

El plan de Dios dado a Moisés para el período activo de los sacerdotes iba de los 25 a los 50 años de edad (Núm. 8:23-26). A partir de ahí los levitas prestaban servicio voluntario en el templo, actitud que deberían imitar los jubilados de hoy.

El segundo tipo de jubilados está constituido por los que, a pesar de estar ya en la edad de su jubilación, no aceptan que les llegó el tiempo de su “migración”. Algunos de los que forman parte de ese grupo, angustiados, creen que son víctimas de la injusticia de sus dirigentes, o del sistema establecido por su iglesia. Con amargura se apartan de sus amigos y sus colegas, y quedan a merced de los peores enemigos de los ancianos: la soledad y la depresión. De ese modo, algunos han apresurado su muerte. Hay que preparar con tiempo la tercera edad, para que sea una bendición y no una tragedia.

Finalmente está el jubilado jubi-

loso, que se prepara para su retiro del servicio activo, está al tanto de todo y hace planes con tiempo para ello. La expresión "jubilado jubiloso" la acuñó el siempre jovial octogenario pastor Geraldo Marski, que vive en Hortolandia, SP, Brasil. El pastor Marski, con sus 87 lozanos años, padre de tres hijos pastores, sigue siendo una inspiración para la juventud de la iglesia y para los ministros jóvenes. Su sano sentido del humor y su confianza en el amor de Dios constituyen una constante lección de vida para todos. Un jubilado jubiloso, según la ciencia médica, tiene muchas más posibilidades de gozar de una feliz longevidad.

Envejecer con gracia

En 1904, Elena de White, al dirigirse a dos pastores pioneros del adventismo, ancianos ya, les dijo: "Hermanos Butler y Haskell, yo me uno a ustedes: envejecamos llenos de gracia".

Al llegar el momento de su jubilación, un pastor le envió a la administración de su campo la siguiente carta:

A la junta directiva:

Amigo presidente:

Un abrazo.

Aunque no lo haya comunicado antes a los colegas y los dirigentes, hace unos tres años que marqué la fecha de mi jubilación: el 23 de septiembre de este año cumpliré 65 años.

A pesar de la gracia de Dios, y de sentirme bien todavía, creo que éste es un buen momento para ... ponerme a un lado y descansar ... del ministerio activo. Siendo esto así, por su intermedio y a través de esta carta, le ruego votar el inicio del proceso de mi jubilación a partir de enero próximo.

Me retiro como un jubilado jubiloso.

Esta iglesia y sus administradores en los diferentes niveles siempre me trataron mejor de lo que merezco.

Le ruego que transmita a las organizaciones superiores mi gratitud y la de mi esposa por habernos concedido el pri-



ACES / PHOTODISC

vilegio de ejercer nuestro modesto ministerio. Al recordar mi origen humilde, contribuir con esta magnífica obra como ministro del evangelio fue para mí un privilegio reservado a pocos mortales.

Aprovecho para compartir este trofeo mío de la vida con mi familia: mi esposa y mis hijas, que me apoyaron incondicionalmente.

Muchísimas gracias.

Éste es un buen modelo de carta para solicitar la jubilación.

La prudencia necesaria

Como seres racionales privilegiados, no permitamos que el descuido, la vanidad o algún ideal incoherente nos impidan poner en práctica la sabia lección de las aves migratorias en el crepúsculo de nuestro ministerio. Un pastor jubilado, que aún dispone de vigor físico y mental, más su respetable experiencia, todavía puede hacer mucho en pro de la causa evangélica de forma voluntaria, sin convertirse en un peso para la organización.

Conviene reflexionar en el siguiente consejo de Elena de White: "Quiera el Señor bendecir y sostener a nuestros obreros ancianos y probados. Que él les conceda sabiduría con respecto a la preservación de sus facultades físicas, mentales y espirituales. El Señor me ha instruido para que diga a los que mantuvieron firme su testimonio durante los días tempranos del mensaje: 'Dios los ha dotado con el poder del razonamiento, y desea que comprendan y obedezcan las leyes que tienen que ver con la salud del ser. No seáis imprudentes, no trabajen de más. Tomad tiempo para descansar. Dios desea que se mantengan firmes en su lugar, haciendo su parte para salvar a los hombres y las mujeres de ser arrastrados por las fuertes corrientes del mal. Y él quiere que se mantengan con la armadura puesta hasta cuando dé la orden de ponerla de lado. No falta mucho para que reciban su recompensa, ". (*Testimonios para la iglesia*, t. 7, pp. 273, 274, edición APIA). 

Lutero y el evangelio



Hans K.
LaRondelle

*Profesor emérito
de la Facultad de
Teología de la
Universidad
Andrews, Berrien
Springs, Michigan,
Estados Unidos.*

El 31 de octubre de 1517 Martín Lutero clavó sus 95 tesis en la puerta de la capilla del castillo de Wittenberg, para desafiar algunas de las enseñanzas de la Iglesia Católica. Así nació la Reforma Protestante; o, más precisamente, se volvió visible. La verdad es, sin embargo, que sus dolores de parto ya se habían estado sintiendo, en relativo silencio y por algún tiempo, en el corazón de Lutero.

El viaje al castillo estuvo señalado por una serie de luchas espirituales que se libraron dentro de ese hombre. Quería agradecer a Dios a cualquier precio, y trabajaba para que se lo hallara digno en el día del juicio final. Mediante actos de penitencia intentó conseguir la reconciliación con Dios. Pero no había paz en su espíritu. Ni siquiera sus estudios de la Biblia conseguían tranquilizarlo.

En 1507, Lutero recibió las órdenes sacerdotales de la Iglesia Cató-

lica Romana. Nueve años después recibió su doctorado en Teología y su nombramiento como profesor en Wittenberg. Formuló entonces este solemne voto: "Juro defender la verdad del evangelio con todas mis fuerzas". Y cumplió ese voto hasta el fin de su vida.

Por medio de la Biblia Lutero buscó y recibió luz y percepción, aunque la primera sólo vino gradualmente, a lo largo de los años, mediante una serie de descubrimientos. Cuando se lo invitó a enseñar Teología, Lutero comenzó un estudio exegético de algunos de los libros del Antiguo Testamento, y después del Nuevo. Su mayor preocupación consistía en encontrar la voluntad de Dios y alimentar con ella a su rebaño de Wittenberg.

Pronto le quedó en claro que la salvación no se podía conseguir por medio de penitencias y buenas obras. Veía a Dios como un Juez austero que exigía del hombre cosas imposibles. Al estudiar las enseñanzas de Agustín llegó a la conclusión de que Dios había predestinado sólo a unos pocos para la salvación eterna. El resto estaba predestinado a la condenación. Lutero temía pertenecer a este último grupo. Mientras progresaba su búsqueda de la verdadera sabiduría de Dios, comenzó a examinar más las Escrituras y menos los escritos de los padres de la iglesia.

Lutero comprendió que la teología de su iglesia efectivamente había quebrantado el principio de So-

la Scriptura, a medida que aceptaba a la propia iglesia y al papa como los principales intérpretes de la Biblia. Razonó que si cualquier autoridad extrabíblica tiene la palabra final sobre la Palabra de Dios ya no se puede considerar que la Biblia es su propio intérprete. Lutero también se dio cuenta de que el espíritu de la iglesia apostólica y la sencillez del evangelio habían sido distorsionados por años de enseñanza tradicional. El evangelio se perdió en un sistema crecientemente complicado de méritos y buenas obras, de sacramentos y penitencias, de tal modo que durante la Edad Media la iglesia llegó a la conclusión de que fuera de eso no podía haber salvación.

Lutero también entendió que el mismo sacerdocio no podía conferir la gracia sacramental de la salvación, si la jerarquía eclesiástica monopolizaba la gracia divina. La certidumbre de la salvación personal se perdía de esta manera.

Crisis de conciencia

La lucha de Lutero giraba en torno de la seguridad personal de la salvación, mientras resistía las reivindicaciones autoritarias de sus superiores eclesiásticos. Descubrió una diferencia fundamental entre la necesidad de la libertad cristiana de conciencia y la conducta dictatorial de la jerarquía de la iglesia.

Cuando Lutero comenzó a estudiar el libro de los Salmos, mientras preparaba sus conferencias, su interés fundamental no era teórico

sino práctico. Buscaba una teología experimental, una comprensión del poder de Dios para salvar. Su actitud fue la de buscar más la verdad de Dios que la de defender las tradiciones.

Uno de sus principales obstáculos fue la dificultad para comprender el significado de la expresión bíblica “justicia de Dios”. Su Biblia en latín tenía la frase *justitia Dei*. La palabra *justitia* se usaba comúnmente para referirse a la justicia retributiva o al castigo, según las enseñanzas de los eruditos. En otras palabras, al entender de esa manera la palabra, terminó viendo a Dios como un Juez severo.

Como consecuencia de esa comprensión de la “justicia de Dios” como justicia punitiva, Lutero no se podía explicar cómo David podía haber orado diciendo: “Líbrame en tu justicia” (Sal. 31:1), o “Respóndeme por... tu justicia” (Sal. 143:1). La palabra “justicia” resonaba en los oídos de Lutero sólo como ira de Dios y castigo eterno. De este modo luchaba con la ira de Dios que le quemaba la conciencia como fuego consumidor. Finalmente, se dirigió al Nuevo Testamento en busca de consuelo, y se sintió cautivado por el mensaje de Pablo: “Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquél que cree” (Rom. 1:16). ¡Salvación! Lutero se sintió animado. ¿Sería eso la esencia o el secreto de lo que había estado buscando por tanto tiempo? Siguió leyendo: “Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela” (vers. 17).

Lutero no podía comprender. ¿Le estaba diciendo el apóstol que el evangelio es la revelación de la justicia de Dios? ¿Cómo podía ser posible que Pablo le diera al evangelio el nombre de “justicia”? ¿Era acaso otra manifestación de la Ley? Si así fuera, también el evangelio condenaría al pecador. ¿No es aca-

so la “justicia” el trato que Dios dispensa a cada cual según sus méritos? Lutero gimió: “¿Cómo se puede amar a un Dios airado y condenador?” Tal como Jacob, luchó con Dios. Estudió y trató de entender la expresión “justicia de Dios”, pero nadie le abría las puertas.

El descubrimiento del evangelio

La Biblia siempre estaba abierta mientras preparaba sus discursos. La gran pregunta que había en su mente era: ¿Cómo podía Pablo decir que el evangelio es la “justicia de Dios”?

Lutero volvió a leer el texto, pero esta vez con su contexto. Y encontró lo siguiente: “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas” (Rom. 3:21). Súbitamente se aclaró su visión. Por la gracia de Dios, comprendió lo que Pablo quería decir: la justicia no era algo que Dios requería de los seres humanos como una ofrenda, sino algo que él ofrece a los seres humanos que creen en el evangelio. Era una maravillosa expresión de gracia divina. Dios le ofrece ahora al creyente, como un precioso don, la justicia personal de Cristo. Ésa es la salvación del evangelio. Dios justifica al ser humano arrepentido por medio de la justicia de Cristo: eso significa que el evangelio no requiere de nosotros ni obras ni perfección absoluta, sino que nos ofrece por gracia el don de las obras y de la perfecta justicia de Jesús. Por su gracia el Señor nos justifica, es decir, nos declara justos.

Cuando Lutero comprendió esta verdad, su conciencia se liberó del peso de la culpa y se convirtió en un hombre libre. Entonces el libro de los Salmos adquirió un nuevo sabor. Después, Lutero describió de la siguiente manera su descubrimiento: “Me pareció que había na-

cido de nuevo y había entrado en el paraíso. Inmediatamente la Biblia comenzó a hablarme de un modo muy diferente. La frase ‘justicia de Dios’, que yo rechazaba antes, se transformó en una de las expresiones más amadas. De este modo, ese pasaje de Pablo se convirtió para mí en la puerta del paraíso. Toda la Escritura me mostró un nuevo rostro”.¹

A Lutero, la promesa de Dios de que “el justo por la fe vivirá” le proporcionó la salvación que estaba buscando. Pablo citaba la promesa de Habacuc 2:4, pero le dio un nuevo énfasis acerca de cómo alguien se vuelve justo o justificado, al explicar: “Tendrá vida el que ha sido justificado por la fe”, o “El justo vivirá por la fe”, como dicen otras versiones.

La novedad con respecto al descubrimiento de Lutero fue que identificó la justicia de Dios y la justicia de Cristo como una sola justicia, y entendió que ese don divino lo recibimos ahora por la fe. Este último punto es la enseñanza de Cristo cuando declaró, en la parábola del publicano y el fariseo: “Os digo que éste (el publicano) descendió a su casa justificado antes que el otro (el fariseo)” (Luc. 18:14). Ésa es la manera como toda persona sobrevivirá la prueba del juicio final.

Lutero explicó: “El que cree en el hombre llamado Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, tiene vida eterna, como él mismo lo dice (Juan 3:16): ‘Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquél que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna’”.²

Dicen algunos eruditos que Lutero fue el primero, después de Pablo, en recuperar la pureza original del Nuevo Testamento. Lo que hizo de Lutero un reformador de la iglesia cristiana fue el hecho de que su mensaje evangélico estaba

anclado en una exégesis bíblica correcta. Sólo así tendría valor para toda la iglesia. Las “puertas del paraíso” se abrieron ante Lutero porque él usó “las llaves del reino”, tan pronto como captó el pasaje central de la epístola a los Romanos: “El justo por la fe vivirá”.

Somos salvos ahora y en el juicio por nuestra fe en Cristo y en su libre don de su justicia. Esa verdad motivó a Lutero a escribir, en 1520, su famoso libro *Die Freiheit der Christian* (La libertad del cristiano), dedicado al papa León X.

Entonces terminó toda la ansiedad que había experimentado en su intento de lograr que Dios lo aceptara. Más tarde, Elena de White repitió esa seguridad mediante esta impresionante declaración: “Podemos disfrutar del favor de Dios. No debemos inquietarnos por lo que Cristo y Dios piensan de nosotros, sino que debe interesarnos lo que Dios piensa de Cristo, nuestro Sustituto. Somos aceptos en el Amado”.³

“*Sola gratia, sola fide*”

Lutero aclaró más sus conceptos al estudiar con más cuidado las epístolas de Pablo a los Romanos y a los Gálatas. Esas dos cartas se convirtieron en las dos espadas afiladas de la Reforma protestante en su lucha contra la propuesta de un sistema de justificación por las obras. Lutero usó los pasajes de Pablo (Rom. 3:22-26; Gál. 2:21; 3:10; 5:4) contra el sistema de méritos del judaísmo farisaico en su lucha contra la teología basada en la búsqueda de méritos y piedad de la iglesia medieval.

En Romanos 3:24 Pablo puso en evidencia dos veces la naturaleza de la gracia de Dios al decir “gratuitamente por su gracia”, lo que llegó a ser la divisa de la Reforma protestante: *sola gratia*. Pero la gracia de Dios ya no se entendía como el flujo metafísico de la gracia sa-

cramental. Se la entendía de nuevo en su antiguo sentido de favor inmerecido de Dios. Al rechazar el concepto despersonalizado defendido por los teólogos escolásticos, Lutero proclamó alegremente la aceptación personal del creyente por parte de Dios.

En Romanos 3:28 Pablo resumió la justificación en esta histórica declaración: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe, aparte de las obras de la ley”. Lutero tradujo al alemán el énfasis paulino sobre la justificación por la fe “sin las obras de la ley” agregando la palabra “solamente”: *allein durch den Glauben* (sólo por fe). Ésa es una traducción correcta de la afirmación de Pablo contra la justificación por las obras. La fórmula resumida de Lutero de la justificación llegó a formar parte de la bandera de la Reforma Protestante: *sola fide*.

De esa manera, la Reforma resumió la fe protestante en tres cortas frases que resonaron contra las enseñanzas de la iglesia de aquellos días: *sola Scriptura, sola gratia, sola fide*.

Lutero progresó sustancialmente en su comprensión de la justificación. Con la ayuda de Agustín descubrió que la justicia de Dios es un don gratuito. Pero todavía creía en ese don sólo como resultado de la presencia de Cristo en el corazón y de una creciente justicia en el creyente; eso significaba que el creyente era parcialmente justo y parcialmente pecador. En ese aspecto, para Lutero la justicia parecía ser una justicia interior.

Aclaración posterior

Más tarde, en su comentario acerca de Gálatas (1536), Lutero mostró que había alcanzado la madurez en el concepto de justificación: es la imputación legal o forense de la justicia de Cristo al creyente arrepentido. Entonces ense-

ñaba la justificación completa de los pecadores con el perdón de sus pecados. Su énfasis estaba puesto en la relación de Cristo con nosotros, que murió por nuestros pecados, y no más sobre la gracia como algo introducido en el creyente. La justicia de Cristo se vuelve ahora la esencia de la justificación y la base de la certeza personal de la salvación, por causa de que no es más una justicia parcial sino completa. Somos salvos por una justicia que proviene de fuera de nosotros; no por nuestra propia justicia.

En 1528 Lutero dijo en uno de sus sermones que “así como Adán nos trajo condenación por su pecado, Cristo nos salvó por su justicia... Nuestro testimonio y confesión no es a través de nosotros mismos sino por medio de Cristo. Nosotros no descendimos del cielo, no nacimos de María; fuimos hechos de barro. El hecho de Cristo es diferente del nuestro”.⁴

Lutero también se refirió al concepto apostólico de la fe. En lugar de la noción popular de que la fe es un asentimiento intelectual que debe ser complementado por las obras, o por alguna clase de comportamiento humano, Lutero proclamó que la fe es el acto de alguien que se compromete con Dios y su Palabra. La fe salva, no como consecuencia de los actos meritorios de alguien, sino porque se aferra de Cristo y se abraza de él. Él es nuestro Salvador, nuestro perdonador y justificador. Dios acepta a los creyentes y los considera justos sólo por causa de Cristo y de sus méritos. El creyente es justificado en Cristo. Esa fe obra desde el comienzo.

Hay una frase acuñada por Lutero que con frecuencia no se entiende bien: “El creyente en Cristo es al mismo tiempo justo y pecador”. Esto es, en Cristo, el creyente es justificado por completo, aunque sigue siendo el mismo, es de-

cir, en su naturaleza interior es pecador. Por lo tanto, él podía decir como Pablo: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios. Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Rom. 3:23, 24). La fe salvadora previene al creyente contra la idea de que hay alguna santidad en sí mismo.

Pero Lutero no sugiere que una vida santificada carezca de importancia o no sea necesaria. Comprendió que la justificación es eficaz para producir santificación, pero insistió en que las buenas obras del Espíritu no forman parte en sí mismas de la justificación. La justificación crea al nuevo hombre; no es el nuevo hombre el que crea la justificación.

En este punto debemos enfrentar la doctrina católica romana de la justificación tal como la definió el Concilio de Trento en 1546. De acuerdo con esa definición la justificación de alguien se debe complementar por sus esfuerzos para cooperar con Dios. Por lo tanto, nadie puede tener la consoladora seguridad de que ha sido aceptado por Dios. Éste es el punto crucial del asunto, objeto de la preocupación de Lutero.

Cristo y la Biblia

Lutero creyó que era básico compartir con los demás la alegría y la seguridad de la redención. Él era erudito en Teología, pero para ser un evangelista más eficaz se necesitaba de alguien capaz de enseñar la gracia de Dios y de presentar a Cristo a la gente. Creyó que la Biblia debía ser predicada con el fin de que el evangelio se convirtiera de verdad en las buenas nuevas para sus seguidores. Se necesitaba de la Palabra escrita y de la oral.

Cuando los líderes de la iglesia de los tiempos de Lutero rechazaron su descubrimiento del evange-

lio de la gracia libre, y trataron de excomulgarlo por medio de la bula papal *Exsurge Domine* de 1520, Lutero quedó muy perplejo. El 10 de diciembre de ese mismo año quemó públicamente la bula junto con una copia de la ley canónica que le confería poderes al papa.

Cuando sus amigos trataron de impedir que fuera a la ciudad de Worms a defender su mensaje delante del emperador, pues temían por su vida, replicó sin vacilar: “Aunque hubiera en Worms tantos demonios como tejas en los tejados, aun así iría”.⁵

La gran pregunta que debemos hacer es la siguiente: ¿Cómo podía Lutero estar tan seguro de que estaba en lo cierto y toda la iglesia estaba equivocada? Le escribió a un amigo: “No se puede llegar a comprender las Escrituras ni con el estudio, ni con la inteligencia; nuestro primer deber es, pues, empezar por la oración. Pedid al Señor que se digne, por su gran misericordia, concederos el verdadero conocimiento de su Palabra. No hay otro intérprete de la Palabra de Dios que el mismo Autor de esa Palabra... Nada esperéis de vuestros estudios ni de vuestra inteligencia; confiad únicamente en Dios y en la influencia de su Espíritu”.⁶

Para que la verdadera reforma se produjera, Lutero creía plenamente en el victorioso poder de la Escritura, en lugar de confiar en la legislación, la coerción o la presión eclesiástica. Escribió: “Yo sólo enseñé, prediqué y escribí la Palabra de Dios. No hice nada en contra de eso. No hice nada; la Palabra lo hizo todo”.⁷

Lutero sobresalió en su predicación y en su enseñanza. Le dio a la predicación un nuevo significado y le dio el primer lugar entre los sacramentos. Insistió en que ninguno de los siete sacramentos de la iglesia puede salvar; sólo la Palabra de

Dios salva. Predicaba durante la semana y tres veces el domingo, comenzando a las cinco de la mañana.

Para Lutero la predicación era principalmente una exposición de la Palabra de Dios. Sistemáticamente se movía a través de todos los libros de la Biblia. Comenzaba con el Antiguo Testamento y seguía con el Nuevo, y siempre aplicaba las lecciones bíblicas en relación con su propia experiencia.

La comprensión de Lutero del evangelio se produjo por medio de una exégesis responsable de las Escrituras, las cuales le dieron una experiencia nueva y libertadora en su condición de creyente cristiano. Con un enorme valor exaltó a Cristo por encima de todo lo demás. Su devoción al evangelio eterno ha sido descrita de esta manera: “Se ocultaba detrás del Hombre del Calvario, y sólo procuraba presentar a Jesús como el Redentor de los pecadores”.⁸

En ese sentido, Lutero fue un verdadero Elías y un precursor del reavivamiento universal y de la reforma que vendrá por medio de la proclamación de los tres mensajes angélicos de Apocalipsis 14. 

Referencias

¹Luther's Works [Las obras de Lutero] (Concordia Publishing House), t. 54, p. 105.

²Citado por H. A. Oberman, *Luther: A Man Between God and the Devil* [Lutero: un hombre que se encontraba entre Dios y el diablo] (Doubleday, ET, 1992), p. 155.

³Elena de White, *Mensajes selectos*, t. 2, p. 37.

⁴Citado por B. Hagglund, *The Background of Luther's Doctrine of Justification in Late Medieval Theology* [El trasfondo de la doctrina de Lutero acerca de la justificación en la teología del medioevo tardío] (Fawcett Books 18, Fortress Press, 1971), p. 33.

⁵Citado por E. G. Schwiebert, *Luther and His Times* [Lutero y sus tiempos] (Concordia Publishing House, 1950), p. 499.

⁶Elena de White, *El conflicto de los siglos*, p. 142.

⁷Citado por L. Pinomaa, *Faith Victorious* [Fe victoriosa] (Fortress Press, 1959), p. 102.

⁸Elena de White, *El conflicto de los siglos*, p. 163.

Divorcio y nuevo casamiento



Keith Augustus
Burton

Profesor asociado
de Nuevo Testa-
mento en el Cole-
gio de Oakwood,
Estados Unidos.

Jesús dejó Galilea al final de su viaje a Jerusalén. Algunos fariseos se acercaron a él con una pregunta acerca del tema del divorcio. El asunto básico era el siguiente: “¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?” (19:3). Aparentemente, los fariseos estaban consultando acerca de si había razones legítimas o no para solicitar el divorcio.

¿Cuál es la enseñanza bíblica acerca del divorcio y el nuevo casamiento? Dos ejemplos: Mateo 19:1 al 12 y 1 Corintios 7:10 al 15 nos dan certera orientación acerca de este asunto.

Mateo 19:1 al 12

Para captar la esencia de las enseñanzas de Jesús necesitamos seguir el curso del diálogo que aparece en este pasaje. Muchos de los que lo estudian pasan del versículo 3 al 9, olvidándose de que existe una progresión lógica en la presentación del tema.

Jesús dejó Galilea al final de su viaje a Jerusalén. Algunos fariseos se acercaron a él con una pregunta acerca del tema del divorcio. El asunto básico era el siguiente: “¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?” (19:3). Aparentemente, los fariseos estaban consultando acerca de si había razones legítimas o no para solicitar el divorcio. Pero, cuando examinamos cuidadosamente el texto, descubrimos que la preocupación de ellos no era si había una razón o no para el divorcio sino si alguien se podía divorciar por cualquier motivo (*pasan aitian*).

Para comprender la pregunta tenemos que considerar el contexto social de los que consultaban. Los fariseos estaban tratando de entrapar a Jesús en un debate rabínico acerca de las razones y los métodos del divorcio. Una buena parte de la discusión aparece en *Mishnah*

Gittin, y termina con la siguiente declaración:

“La Casa de Shammai dice que un hombre debería separarse de su esposa sólo por razones de impureza, considerando que Deuteronomio 24:1 dice: ‘Por haber hallado en ella alguna cosa indecente’... La casa de Hillel decreta: ‘Incluso si ella ensució su plato’, como explicación de la frase ‘cosa indecente’.

“E. R. Aqiba presenta esto como razón para el divorcio: ‘Si él encontró a alguna más linda que ella’”, apoyándose en la declaración: “Si no le agradare” (Deut. 24:1)”.¹

Todo indica que los fariseos estaban intentando alinear a Jesús o con la posición conservadora de Shammai o con la postura más liberal de Hillel, preservada en la tradición posterior del Rabí Aqiba.

Primera respuesta

Aunque Jesús estaba al tanto acerca del debate rabínico, respondió refiriéndose a las Escrituras: “¿No habéis leído que el que los hizo al principio varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (19:4-6). Aquí Jesús elabora un argumento lógico que le da el control de la discusión, y lleva el asunto de vuelta a las Escrituras.

Al hacer esto, el Maestro defendió el ideal divino. Primero se refi-

rió a la creación del hombre en Génesis 1:27, y afirmó que el matrimonio es una iniciativa divina. Después señaló Génesis 2:24 como evidencia de que no sólo Dios unió a la primera pareja sino que se implicó activamente en la solidificación de la unión matrimonial. De un modo misterioso la pareja se convirtió en “una sola carne”. Jesús empleó la metáfora del yugo para describir la unión matrimonial.

Si lo tenemos presente, y nos ceñimos a la respuesta de Cristo a la pregunta de los fariseos, la podemos reducir a una sola palabra: “No”. Nadie puede conseguir un divorcio por cualquier razón que se base en la tradición rabínica. Para Jesús la Escritura es clara en el sentido de que el matrimonio es una institución permanente en la cual Dios une a dos personas. Hacer una lista de válvulas de escape para separar lo que Dios unió equivale a descalificar la naturaleza sagrada y mística de dicha unión.

No satisfechos con la respuesta de Cristo, los fariseos lo provocaron de nuevo: “¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla?” (19:7). Aprovechándose del argumento de Jesús, quisieron enfrentar la Escritura con la Escritura. La legislación mosaica se encuentra en Deuteronomio 24:1 al 4. Al referirse a ese texto, los fariseos estaban insinuando que Cristo estaba en contra de Moisés.

Segunda respuesta

Jesús se mantuvo en su posición, mientras ponía la legislación de Moisés en su contexto social. Y respondió: “Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así” (vers. 8). No se trata de una acusación contra Moisés, sino contra la rebeldía del pueblo, que no quería someterse al ideal divino. Moisés no inició la ley del divorcio; sólo la permitió.

Es interesante notar que el propósito de la legislación mosaica no fue establecer razones para el divorcio, sino discutir el asunto de la impureza sexual. La existencia de la ley del divorcio está garantizada en el Deuteronomio. No hay explicación acerca de su origen; simplemente existía. A pesar de eso, era claro para Jesús que no formaba parte del plan original de Dios.

Dado el curso que ha tomado la discusión desde entonces hasta hoy, la tarea de interpretar los textos debería haber sido muy fácil si Jesús se hubiera detenido allí donde llegó. Si no hubiera seguido hablando, gran parte de la controversia actual estaría atenuada. Pero Jesús le puso fin al diálogo con una rigurosa afirmación: “Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación (*pornéia*), y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera” (vers. 9).

Lo que hace de esta afirmación de Mateo algo más temible aún, es el hecho de que la versión paralela de Marcos 10:1 y 2 no dice absolutamente nada acerca de una cláusula de excepción (*pornéia* = adulterio). La breve referencia de Lucas (Luc. 16:18) es terminante. Mateo es el único que provee una válvula de escape.

La interpretación de *pornéia* ha desafiado a los exégetas durante siglos. El significado bíblico normal de ese término es “fornicación”, pero la connotación extraconyugal de fornicación ha llevado a traducciones como “infidelidad”, “impureza” e inclusive “adulterio”. Me expreso así porque muchos consideran que ése es el pecado imperdonable del matrimonio.² Pero si Mateo se refiere al adulterio en ese pasaje, debería haber usado la palabra correcta que él mismo usa en 15:19. En la declaración de Jesús en Mateo 5:27 el adulterio incluye no sólo el acto físico, sino el acto mental que

lo precede. Eso podría significar que alguien podría tener una razón para divorciarse ¡incluso si cualquiera de los cónyuges pensara en tener un lance amoroso! Por lo tanto, ¿qué significa *pornéia*?

El término se relaciona con una prostituta femenina (*pórne*), y también con el hombre que procura los servicios de una prostituta (*pórnos*).³ Pero no se usa sólo para describir esa innoble profesión, sino que también se aplica a otras desviaciones sexuales, especialmente las relaciones extramaritales. La idea es que las personas que practican esa clase de relaciones están actuando como si fueran prostitutas. ¿Es posible que ése haya sido el concepto de Jesús? ¿Podría el Señor haber establecido que la única razón para el divorcio son las relaciones sexuales extramaritales?

Esto merece una explicación. El matrimonio judío del primer siglo comenzaba en lo que hoy llamaríamos el noviazgo. Pero no se consumaba sino doce meses después de contraído el compromiso. Si se descubría que una mujer estaba embarazada en ese período, se le podían hacer tres preguntas: 1) ¿Fue impaciente el novio? 2) ¿Fue otro hombre, después del compromiso matrimonial? 3) ¿Fue otro hombre, antes del compromiso matrimonial?

Si era el novio, el casamiento se llevaba a cabo inmediatamente. Si se trataba de otro hombre después del compromiso, éste sería considerado culpable y se lo ejecutaba (Deut. 22:23-24). Si fuese otro hombre antes del compromiso, la novia sería, entonces, acusada de fornicación, y la ley bíblica ordenaba que fuese ejecutada (Deut. 22:13-21) Pero para la tercera categoría la ley rabínica no era tan estricta como la bíblica. Aunque el Mishnah preconizaba la ejecución por adulterio, le permitía a un hombre divorciarse por causa de adulterio (Mishnah Gittin 9:10). ¿Estaría Jesús de acuer-



do con la casa de Shammai en este aspecto?

Esta opinión es ciertamente digna de la más cuidadosa consideración. Mateo es el único evangelista que se refiere al noviazgo de José y María. En el capítulo 1:18 nos habla de que, mientras estaban de novios, María “halló que había concebido del Espíritu Santo”. La reacción inicial de José fue “dejarla secretamente”. No sabemos en qué momento de la relación se eligió a María para ser la madre del Salvador, pero sabemos que cuando eso se descubrió María ya estaba embarazada y José pensaba en la posibilidad del divorcio. Y el proceso tendería que haber seguido su curso si José hubiera denunciado ante la comunidad que María había tenido relaciones extramaritales. En ese caso se la habría culpado de *pornéia*. Sólo la intervención del mensajero celestial impidió que José tomara una decisión perfectamente

legal.

La reacción de los discípulos

Aunque el caso de José y María ofrece un probable contexto para la comprensión de la cláusula de excepción de Mateo, el veredicto todavía está lejos del significado exacto de *pornéia*. No importa qué significado tenga, sin duda causó agitación entre los discípulos. Entonces le dijeron al Maestro: “Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse” (vers. 10). Esa reacción exagerada sugiere que la afirmación de Jesús limita seriamente las razones para proceder a un divorcio. Los discípulos, efectivamente, estaban diciendo que si un hombre debe estar tan ligado a su esposa por toda la vida, es mejor quedarse soltero.

La impresión que causó la declaración de Jesús es todavía mayor cuando se la examina a la luz del contexto retórico inmediato. Justo

antes del encuentro con los fariseos, Mateo recuerda la enseñanza de Jesús acerca del perdón (18:15-34). ¿Podría ser sólo coincidencia que el asunto del matrimonio venga inmediatamente a continuación del tema del perdón? No lo creo. El claro mensaje es que ningún acto llevado a cabo por un cónyuge, por más doloroso y grave que sea, está más allá del perdón; incluido el adulterio.⁵ De este modo, la integridad del matrimonio puede seguir intacta, aunque el adulterio sea una realidad.

Sabemos que la declaración de los discípulos era hiperbólica. Jesús replicó: “No todos son capaces de recibir esto, sino aquéllos a quienes es dado. Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismo se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba” (vers. 11, 12).

Jesús percibe la impulsividad de los discípulos y los trae de vuelta a la realidad. No toda la gente está dispuesta a sacrificar los placeres del matrimonio para dedicarse al celibato. También reconoce que no toda la gente está en condiciones de aceptar la seriedad del ideal divino. A pesar de todo, incluso con los desafíos implícitos en un compromiso vitalicio, Dios quiere que su pueblo tome en serio la unión conyugal.

Primera de Corintios 7:10 al 15

Cualquiera que todavía no esté convencido de la naturaleza radical de la declaración de Jesús puede examinar la amonestación paralela de Pablo que encontramos en 1 Corintios 7:10 y 11. Con seguridad, cualquier confusión que pudo haber habido relacionada con la enseñanza de Cristo tendría que haber estado resuelta cuando Pablo escribió su carta a la iglesia de Corinto.⁶

De acuerdo con el versículo 1, Pablo está contestando preguntas acerca de las relaciones sexuales y el matrimonio entre cristianos. Su enseñanza es clara: "Pero a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se aparte del marido; y si se separa, quédese sin casar, o reconcíliese con su marido; y que el marido no abandone a su mujer" (vers. 10, 11). Pablo va directamente al punto: los cónyuges cristianos están unidos por el resto de la vida. A los maridos cristianos que estén en condiciones de iniciar un divorcio se les prohíbe hacerlo.

Del mismo modo, las esposas cristianas que quieran separarse no están libres para casarse de nuevo, sino que deben permanecer solas por el resto de la vida.⁷ Y, justamente en ese caso, Pablo, a quien se acusa de "inventar" esa dificultad, dice que la recibió directamente del Señor.

La única excepción que presenta el apóstol con respecto al matrimo-

Un cristiano puede ponerle fin a la relación matrimonial sólo en dos circunstancias: 1) relaciones sexuales extraconyugales y 2) si uno de los cónyuges acepta el cristianismo y el otro, que no es cristiano, decide separarse. Los demás estamos unidos por los votos que hicimos delante de testigos divinos y humanos hasta que la muerte nos separe.

nio ocurre cuando un cónyuge se convierte y el otro no: "Y a los demás, yo digo, no el Señor: Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone. Y si una mujer tiene marido que no es creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone... Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso; sino que a paz nos llamó el Señor" (vers. 13-15).

Aquí Pablo admite que esa advertencia no la recibió del Señor, pero cree que es sensata. Si uno de los cónyuges no profesa el cristianismo no se lo puede obligar a participar de los valores presentados en los versículos 10 y 11. Un mandato divino no lo es para alguien que no reconoce la autoridad divina. En tales casos, si el incrédulo decide separarse, el cristiano queda libre. Aparentemente, Pablo dice que los cristianos que se encuentran en este grupo están libres de volver a casarse. Pero los matrimonios cuyos integrantes son cristianos deben permanecer unidos hasta que uno de ellos fallezca (1 Cor. 7:39; Rom. 7:1).

Unión vitalicia

La enseñanza bíblica es clara. Jesús prohíbe el divorcio de las parejas cristianas. En lugar de eso promueve las uniones vitalicias para los que se casan con la bendición de

Dios. Para las parejas que creen que no pueden vivir en el mismo lecho —por la razón que sea—, la Biblia sugiere que permanezcan solos hasta que se produzca una reconciliación o hasta la muerte del otro cónyuge.⁸

Así, de acuerdo con esta línea de pensamiento e interpretación, un cristiano puede ponerle fin a la relación matrimonial sólo en dos circunstancias: 1) relaciones sexuales extraconyugales y 2) si uno de los cónyuges acepta el cristianismo y el otro, que no es cristiano, decide separarse. Los demás estamos unidos por los votos que hicimos delante de testigos divinos y humanos hasta que la muerte nos separe. 

Referencias

¹Mishnah Gittin, 9:10.

²Craig S. Keener, *And Marries Another: Divorce and Remarriage in the Teaching of the New Testament* [Y se casa con otro: el divorcio y el nuevo casamiento según las enseñanzas del Nuevo Testamento] (Peabody, Hendrickson, 1991).

³Walter Bauer, *A Greek English Lexicon of the New Testament* [Un diccionario griego-inglés del Nuevo Testamento], 2ª edición (Chicago, Imprenta de la Universidad de Chicago, 1979), p. 693.

⁴Mishnah Ketubot, 5:2a.

⁵C. Welton Gaddy, *Adultery and Grace: The Ultimate Scandal* [El adulterio y la gracia: el escándalo final] (Grand Rapids, Eerdmans, 1996).

⁶David G. Hunter, *Marriage in the Early Church* [El matrimonio en la iglesia primitiva] (Minneapolis, Fortress Press, 1992).

⁷Ver también Rom. 7:39.

⁸Calvin Rock, *Adventist Review* (14 de octubre de 1993), p. 1.074.

El misterio de la encarnación



José Orlando Silva

Pastor, a cargo de un distrito en la Asociación del Sur de Bahía, Brasil.

La encarnación no es un mero acontecimiento fortuito del cual se vale Dios para impresionarnos y demostrar su poder. El Señor no hace milagros, no lleva a cabo ningún acto sobrenatural sin un propósito definido. En el caso de la encarnación, el propósito que tenía en vista era totalmente orientado hacia la salvación y la redención.

Como dice Langston: "La encarnación es el gran principio de la revelación de Dios. Este método de encarnar la verdad no se escogió arbitrariamente, pues era el único método por medio del cual Dios se podía revelar al hombre en toda su plenitud".¹

Podríamos decir entonces que la encarnación es la culminación de un plan elaborado con anticipación y el cumplimiento de una promesa. Y su gran misterio consiste en que Dios se revistió de humanidad con propósitos de redención. Ese misterio es profundo. Y crece no sólo por el hecho de que lo divino se vuelve humano, sino también por la forma como se expresó en la vida de Jesús: "La idea de la encarnación, el gran

misterio de la piedad, no se debe confinar sólo al nacimiento de Cristo, sino que se debe extender a toda su vida a la vez divina y humana, a su muerte y a su resurrección".²

Dios no quería limitarse a revelar sólo sus pensamientos, sino que deseaba manifestar su propia persona. Y ese objetivo sólo se podía alcanzar por medio de Jesús.

La encarnación trasciende los moldes racionales. "¿Cómo se podría obligar a alguien a aceptar que en Jesús de Nazaret, un ser histórico, el hombre como pregunta infinita y el misterio infinito de Dios se unen para dar una respuesta absoluta, que es hombre y Dios al mismo tiempo?"³

Absorto frente a ese misterio, Juan intentó describirlo: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1:1, 14). Y Pablo añade que se despojó a sí mismo y tomó forma de siervo (Fil. 2:6, 7).

Es interesante notar que en el comienzo de su Evangelio, Juan no se detiene para presentarse personalmente como escritor, ni para probar que sus escritos merecen confianza, y ni siquiera para mencionar su nombre. Se olvidó de todo eso extasiado frente al misterio. Con una precipitación singular y sin hacer el menor esfuerzo para demostrar la validez de sus pretensiones, o las de su maravilloso tratado, derrama ante el mundo todo ese torrente de luz que recibió acerca de la doctrina de la encarnación.

Sus palabras se revisten de belleza

y adquieren profundidad al declarar que "aquel Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". Al llegar a este punto nos hacemos algunas preguntas: ¿Quién es el Verbo? ¿Qué es la carne? ¿Cómo se explica esa misteriosa unión? ¿Cuál es el propósito de Dios en este misterio?

El verbo y la carne

Ese Verbo es Dios en esencia. Es el logos divino, la Palabra viva. Según Juan, Cristo Jesús, nuestro Señor, Hijo de Dios, eterno y bendito por los siglos, por quien fueron hechas todas las cosas, es Dios. Por eso Jesús dijo: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14:9). Pero se despojó a sí mismo, veló su gloria al asumir la forma humana. "Y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad" (1:14).

La carne somos nosotros, los seres humanos, elementos frágiles y transitorios, hechos del polvo y destinados al polvo, limitados en el tiempo y el espacio.

En la carta que les escribió a los cristianos de Roma, la palabra carne se usa en diferentes sentidos. Primero, referida al cuerpo (2:28). En segundo lugar, como descendencia o familia (1:3). En tercero, con el sentido de humanidad (8:3). Finalmente con el significado de la naturaleza humana débil y defectuosa (7:18).

Con la caída, la naturaleza humana se volvió pecaminosa y degenerada. De modo que si alguno está en la carne es un ser que todavía no ha sido regenerado y es enemigo de Dios. Como estructura humana, la carne es



transitoria e implica muerte. Es un elemento perecedero.

Entre la carne que perece y el Verbo eterno existe un contraste tan grande y una distancia tan enorme que es imposible describirlos con palabras. Son dos extremos completamente opuestos.

El misterio

El gran misterio es la unión del Verbo con la carne: el Verbo eterno, perfecto, santo y glorioso, omnipotente e inmortal, que desciende al nivel de la carne débil, defectuosa, degenerada y perecedera. Es la unión del Verbo divino con la naturaleza humana en una sola Persona. La teología la llama hipóstasis.

¿Cómo se pueden unir dos puntos tan infinitamente opuestos? En esto consiste el misterio. Como cristianos deberíamos meditar constantemente en esto, deberíamos reflexionar en su grandeza. Es posible que algunos piensen: "No necesitamos profundizar este asunto. Nos basta saber que el Verbo se hizo carne". Pero esa superficialidad no debería satisfacer nuestra mente. Una actitud así sólo revela el poco interés que existe en meditar en el gran sacrificio de Cristo hecho en favor de los seres humanos. Es no darle importancia a algo que significó mucho para Dios.

Que un Dios santo, lleno de gloria, adorado por los ángeles, Soberano del Universo, se haya dispuesto a descender al nivel de la débil, degenerada, transitoria y perecedera carne humana es un misterio tan grandioso y tan sublime que no hay mente que lo pueda captar plenamente. Podríamos decir que fue un sacrificio tan excelso, en su exigencia, como el sacrificio de la cruz.

El despojamiento

Y para completar nuestra admiración delante de un misterio tan insondable, Pablo nos dice: "El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el

ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres" (Fil. 2:6, 7).

Al comentar acerca de la actitud de Cristo, Vieira dice: "Era Dios y se hizo hombre. Era eterno y nació en el tiempo. Era inmenso y decidió limitarse. Estaba más allá del dolor y padeció. Era inmortal y murió. Era el Señor supremo y se hizo siervo. Y que el Señor sirva, que lo inmortal muera, que lo que no padece padezca, que lo inmenso se limite, que lo divino se humanice, no sólo era tomar lo que no era, sino dejar lo que era. No dejar dejando, porque eso no podía ser, sino dejar reteniendo. Dejar conservando, dejar sin dejar".⁴

Eso fue lo que hizo el Verbo. Es necesario captar la realidad de lo que dice Vieira. Decir que el Verbo se revistió de carne puede no ser adecuado, porque en ese caso no habría hecho otra cosa sino tomar prestado por un tiempo nuestro sucio manto. Después podría despojarse de él, y no habría una unidad completa.

Elena de White dice que "al tomar nuestra naturaleza, el Salvador se vinculó con la humanidad por un vínculo que nunca se ha de romper".⁵

El propósito

Podemos resumir el propósito de la encarnación en cinco incisos:

Reivindicar el carácter de Dios.

Satanás tergiversó el carácter del Creador. Pero, al volverse hombre Dios demostró ante el Universo entero la extensión del amor divino.

Revelar el amor de Dios. Entre las acusaciones de Lucifer, se destacaba la de que el Señor era tirano y déspota. "Afirmó que los ángeles no necesitaban ley y que debían ser libres para seguir su propia voluntad... que la ley era una restricción de su libertad".⁶ La encarnación de Cristo pondría en evidencia la falsedad de ese argumento, al revelar a un Dios humilde, que se vuelve siervo.

Reconciliar al hombre con Dios.

La rebelión satánica afectó profundamente a la humanidad, que quedó separada de Dios por causa del pecado. La encarnación trajo a Jesús al mundo para reconciliar al hombre con Dios. Como dice Pablo: "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2 Cor. 5:19).

Expiar los pecados. Otro de los propósitos de la venida de Cristo al mundo mediante la encarnación fue expiar en la cruz los pecados de la humanidad.

Poner a Cristo a nuestro alcance.

Por medio de la encarnación, Cristo es nuestro. "Se hizo carne y habitó entre nosotros". Es nuestro Salvador, nuestro Señor y nuestro Rey. Por medio de él tenemos acceso al Padre y recibimos todas las riquezas celestiales.

La humanización de Dios

Por medio de la doctrina de la encarnación entendemos que Cristo se volvió hombre y descendió a nuestro nivel para salvarnos. Si hubiera venido con forma de ángel no habría sido el modelo perfecto para nosotros. También entendemos que el Señor Jesús se volvió hombre sin dejar de ser Dios, porque "desde la eternidad, Cristo estuvo unido con el Padre, y cuando se revistió de la naturaleza humana siguió siendo uno con Dios".⁷

En la mitología pagana los hombres se divinizaban, con lo que sólo se exaltaban a sí mismos. En la encarnación, Dios se humaniza para salvar a los hombres. 

Referencias

- ¹ A. B. Langston, *Esbozo de Teología Sistemática*, p. 21.
- ² Russel N. Champlin, *O Novo Testamento Interpretado Versículo por Versículo*, t. 2, p. 272.
- ³ *Teología para o Cristão de Hoje* (Instituto Dicoesano de Ensino), p. 155.
- ⁴ Pe. Antonio Vieira, *Sermões*, t. 2, p. 192.
- ⁵ Elena de White, *El Desecado de todas las gentes*, p. 17.
- ⁶ _____, *Historia de la redención*, pp. 18, 19.
- ⁷ _____, *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 67, 268.

Conserve lo que cosechó



Marco Antonio Huaco Benancio

Director de Mayordomía de la Misión Andina Central, Perú.

Gracias a la tarea de la proclamación de la verdad, son muchas las personas que aceptan el mensaje del evangelio, y a Jesucristo como Señor y Salvador personal. Son muchos los que, convencidos de sus debilidades, creen en el poder de la Palabra de Dios para librarlos de la culpa, obtener el perdón y lograr la fuerza espiritual necesaria para decirle no al pecado y abandonar prácticas contrarias a la voluntad del Señor.

Se pueden identificar tres objetivos cuando la iglesia cumple su misión: administrar, evangelizar y conservar.

La administración implica diagnosticar, planificar, organizar, elaborar estrategias, fijarse objetivos y metas. Son tareas importantes que no se pueden olvidar cuando nos dedicamos a la misión.

Evangelizar es presentar la verdad del evangelio al mundo, con el fin de conquistar personas para Dios. No podemos postergar esa labor sin volvernos infieles a la gran comisión de Jesucristo.

Conservar, por su parte, significa implantar en los nuevos creyentes un estilo de vida cristiano, que los vuelva semejantes a Cristo. Es una tarea vital para la iglesia, mediante la cual le demuestra al mundo que el evangelio es poder para la salvación de todo aquél que cree (Rom. 1:16).

La ejecución de esta obra implica algunos aspectos que abordaremos en este artículo.

Alimento espiritual

Las iglesias que tienen un alto índice de crecimiento manifiestan un grado igualmente elevado de conocimiento de la Palabra de Dios, de las doctrinas fundamentales, y disfrutan de un alimento espiritual saludable.

Alimentar espiritualmente a la congregación es responsabilidad prioritaria de algunas personas elegidas con este fin: pastores, predicadores voluntarios y maestros de Escuela Sabática. Cuando pensamos en la conservación de los miembros necesitamos poner énfasis en la debida importancia de esa tarea vital, a saber, proporcionar el alimento espiritual. Ninguna iglesia que tome en serio su misión puede darse el lujo de cederle el púlpito a gente inexperta, neófitos o que no sientan la elevada responsabilidad que implica alimentar al pueblo de Dios.

La Iglesia Adventista ha hecho provisión para suplir esa necesidad. Uno de esos factores es la Escuela Sabática. Sobre los líderes e instructores de este sector reposa la tarea

de conservar a los miembros mediante el buen alimento espiritual que ofrece el estudio sistemático de la Biblia.

Las visitas

“Después de algunos días, Pablo dijo a Bernabé: Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la Palabra del Señor, para ver cómo están” (Hech. 15:36).

La predicación desde el púlpito invita a la gente a venir a Cristo. Pero el contacto personal contribuye en gran medida para que se tomen grandes decisiones en favor de la verdad. Las visitas son el complemento de la predicación. Brindan la oportunidad de dialogar, y ayudan a fortalecer la fe del hermano necesitado, satisfacer sus anhelos, transmitirle seguridad, sentido de aceptación e integración en la comunidad de los creyentes.

El objetivo de las visitas es “ver cómo están” los hermanos. ¿Qué necesidades tienen? ¿Cómo se están desarrollando? ¿Qué clase de alimento espiritual es más apropiado para ellos? A menos que los visitemos no nos enteraremos de sus necesidades, y será más difícil ayudarlos.

A los diáconos y diaconisas se les delega una gran parte de esa tarea pastoral. Deben ir de casa en casa llevando aliento, esperanza y ánimo. Por medio de ese trabajo los miembros entenderán que forman parte de una familia que los aprecia, y no se sentirán solos. Es una

tarea tan importante que no se debe postergar ni relegar a un segundo plano. Tal como lo afirma Elena de White, "Muchas veces las mentes son impresionadas diez veces más mediante los llamamientos personales que por cualquier otra clase de trabajo" (*El evangelismo*, p. 335).

Formación

Al escribirles a los cristianos de Galacia, Pablo se refirió a ellos como "hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (4:19).

La tarea de formar a Cristo en la vida de cada creyente es una obra que abarca la vida entera. Es un proceso que comienza con la conversión. Es obra del Espíritu Santo. Pero el hombre no es un ente pasivo en este proceso. Participa activamente al incorporar a su propia vida los principios del estilo cristiano de vida. En esa etapa Dios hace del creyente un mayordomo fiel de todo su ser: de su vida física, mental, social y espiritual.

La iglesia le ha designado esta tarea al departamento de Mayordomía. La elevada calidad de vida de los miembros reducirá significativamente la apostasía, y el nivel de conservación será mayor.

Educación

La mayoría de los miembros de nuestras iglesias es gente que se educó en un ambiente secularizado, diferente de la manera como la Biblia ve el mundo. La cosmovisión bíblica es determinante cuando se pretende poner en práctica los principios de vida cristianos. En general, la deficiencia en este aspecto compromete la tarea de la conservación. El problema se agrava aún más si tomamos en cuenta la rapidez con la que los medios de comunicación propagan las formas de pensamiento y las prácticas contrarias a la fe bíblica.

Nuestros hermanos viven en el mundo, son parte del mundo, se relacionan con el mundo, aunque no sean del mundo. Cristo mismo dijo: "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo" (Juan 17:15, 16). Guardar del mal a nuestros hermanos también es nuestro desafío en la obra de la conservación. Necesitamos educarlos en una filosofía cristiana de la vida. Necesitamos darles una cosmovisión bíblica para que puedan enfrentar el pensamiento secular, ya sean jóvenes, adultos o niños. Los departamentos de Educación y Jóvenes Adventistas prestan un notable servicio en este aspecto.

Integración de la mujer

En muchas culturas extremistas del pasado se relegó a la mujer a un plano inferior, y se la hizo víctima de discriminación, explotación y violencia. En cambio, Cristo le dio valor a las mujeres, y la iglesia ha

seguido su ejemplo, reconociendo que son hijas de Dios, creadas a su imagen y semejanza. Pero esta actitud también tiene opositores y, como resultado de ello, muchas mujeres han abandonado la iglesia.

Felizmente, en los últimos años las mujeres han ocupado un puesto fundamental en la misión de la iglesia, gracias esencialmente al surgimiento del Ministerio de la Mujer. En la medida en que se las capacita, entrena, orienta y se las apoya, se integran al cumplimiento de la misión, y con eso la conservación se vuelve una realidad.

En suma, uno de los principales objetivos de la iglesia es la conservación de sus conversos. Eso implica alimentar, fortalecer, formar, educar e integrar a todos los miembros. Es una tarea vital para el crecimiento de la iglesia. Como dirigentes, necesitamos dirigir nuestros esfuerzos hacia la concreción del ideal de conservar más gente que tenga cada vez una comunión más íntima con Jesucristo, su Salvador. 



La salvación y la predicación



Alejandro Bullón

Secretario de la Asociación Ministerial de la División Sudamericana.

Al escribir a los corintios, el apóstol Pablo afirmó que Dios decidió “salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Cor. 1: 21). De acuerdo con esta declaración, concluimos que las dos prioridades en el plan de acción del ministro deberían ser predicar y salvar a las personas. La predicación es el instrumento; la salvación es el resultado.

Para tener éxito en la salvación de las personas, la predicación debe ser algo más que la mera presentación de un tema bíblico. Debe estar dirigida hacia su gran objetivo de transformar vidas.

Cada vez que usted entra en el lugar donde estudia, abre la Biblia y pide la dirección del Espíritu Santo en la preparación de su sermón, recuerde que predicar no es sólo hablar durante 45 o 50 minutos. Dios contempla a la humanidad desde los cielos, ve la lucha y el drama de cada uno de sus hijos, observa las angustias internas de cada corazón, ve las lágrimas de los incomprendidos y el vacío de los corazones sin esperanza. Desea ayudar a la gente, correr para auxiliar a cada persona entristecida. Quiere responder al clamor silencioso de cada ser humano, y sólo tiene un instrumento para alcan-

zar esos objetivos: la predicación.

En su infinita sabiduría, el Señor le confió la tarea de predicar a un ser humano de carne y hueso llamado pastor. ¡Cuánta responsabilidad!

El pastor que desea ser un instrumento para la salvación de las personas debe volverse cada vez más experto en la ciencia de comunicar el evangelio con sabiduría y sencillez. Pero no debemos confundir sencillez con superficialidad. Y no cometamos el error de creer que profundidad equivale a que las cosas sean difíciles de entender. No complique la predicación. Sea claro y objetivo. Sea sencillo. Observe a los niños. Si comienzan a distraerse corriendo de un lado al otro usted está volando demasiado alto. Necesita descender al nivel de comprensión de sus oyentes.

Nunca se deje influenciar por la cultura o por el nivel intelectual de los que oyen la predicación. La salvación es la más profunda de todas las ciencias, y Jesús la comunicó con sencillez: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3:16). Eso es todo lo que el ser humano necesita saber. Jesús no dedicó tiempo para explicarle a Nicodemo los misterios de la teología. “Dios amó —dijo él—, y dio a su Hijo”.

Si un crítico experto en Homilética analizara hoy este sermón de Cristo, tal vez los consideraría demasiado sencillo. Pero Jesús no tenía interés en satisfacer la vanidad intelectual de Nicodemo. Su objetivo era salvarlo, y todo lo que él necesitaba saber era que Dios lo amaba tanto que dio a su Hijo para que muriera en su lugar.

La predicación de Cristo me emociona. A menudo vuelvo a leer el Sermón del Monte, lo estudio y medito en él, y trato de aprender la forma maravillosa como el Maestro sabía conquistar los corazones más endurecidos.

Si terminara aquí, hablando sólo de la sencillez de la predicación, me estaría equivocando. Después de todo, la predicación no es sólo un asunto de palabras claras o complicadas, de que se le entienda o no al predicador. Por encima de todo, es un asunto de vida. Por eso, cuando quiero aprender del Señor Jesús como predicador trato de no verlo sólo en el Monte de las Bienaventuranzas: también voy al monte donde él acostumbraba a pasar horas en comunión con el Padre. ¿Cómo me podría atrever, como predicador, a salvar a las personas fiándome sólo de técnicas humanas? ¿Qué de bueno puede haber en mi corazón capaz de ayudar a otros pecadores como yo?

En el Monte de la Oración, Jesús me enseña que no puede haber predicación sin vida. A las palabras se las lleva el viento; a la vida no. Toca otras vidas, ejerce influencia e inspira. Ningún pastor podrá ser un predicador eficiente sin tener tras sí una profunda vida de oración.

Y durante las horas solitarias de meditación, tal como Cristo, usted toca el Cielo con una mano, y entonces recibe la gracia y el poder, y después, durante la predicación, trata con la otra mano de alcanzar a los oyentes con la gracia y la salvación que provienen de Cristo. Esto le puede parecer locura a los hombres. Porque “agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación”. Piense en esto. 